

sitiadas

reflexiones sobre el estado punitivo y el sostenimiento de la vida sin estado



C o n t e n i d o

Una, si se va a otro lado, es por necesidad.

Ana Gavilanes.....5

Cocino con amor, pero también para pagar el arriendo.

Yolanda Salcedo con el apoyo de su hija Juliet Gamboa.....7

La presentación de una trabajadora doméstica.

Juana Cuenca.....8

Seis escenas sobre el trabajo y la vida cotidiana durante la pandemia.

Denise Nazareno.....9

Trabajar: producir, reproducir, cuidar.

Patricia Palacios, Lida Matiang y Andrea Aguirre.....11

El Estado hace la guerra y los pobres mueren de hambre.

Ángela Cerda.....14

Perseguidas antes y después del confinamiento.

Nancy Delgado y Mayra Vera.....16

Mi realidad como vendedora ambulante en tiempos de pandemia.

Paula Quispe.....18

El sueño anhelado.

Erika Rivera.....19

El cuidado y su resistencia.

Mariana Collaguazo y Doris Cofre.....21

Re-conocernos desde el cuidado de la vida.

Nelly Molina y Juliana Centeno.....22

Los cuidados en cada momento de mi vida.

Yolanda Guaján.....24

Hay que luchar para no morir de hambre.

Alejandra Escarleth.....25

Me duele esta vida.

Elizabeth.....26

Escuchando las reflexiones de Elizabeth.

Cristina Vega.....28

Las preguntas que cargo en la pandemia.

Rebeca Guaján.....29

El problema es que dependemos del sistema de salud pública para cuidar.

Yolanda Terán y Verónica Tibán.....30

Los tres tumores que no permiten sanar.

Luz María Guallán.....33

¿Ausencia o presencia cruel del Estado? Maternidad migrante en tiempos de pandemia.

Bárbara Durán, Luz Becerra y Lucía Pérez.....36

Población de riesgo. ¿Cómo vivimos la pandemia?

Gloria Armijos.....39

Prioridad y desesperación en pandemia.

Angélica Simba.....40

Experiencia del Estado abandonador y castigador en pandemia.

Margarita Casnanzuela, Vicky Caillamara y Silvia Casnanzuela.....42

Lucho por la vida que quiero.

Analía Silva.....45

Por un nosotras posible en medio del castigo.

Vanessa Beltrán y Typhaine Léon.....46

E d i t o r i a l

No es fácil hacer pública nuestra voz. Muchas somos sobrevivientes urbanas. Fuimos despojadas de toda la riqueza de este mundo: de la tierra, el agua, las herramientas de trabajo, de un cuarto propio y hasta de la calle, desde hace tanto tiempo que no recordamos si alguna vez tuvimos un cuerpo y un territorio nuestros. Muchas nos criamos despreciadas por la ciudadanía racista, mal vivimos como desconocidas de los pueblos ancestrales que no nos hablan, que no vemos, aunque la fuerza de todas las sangres atraviesa nuestra carne. Otras vivimos el racismo como mujeres indígenas o afrodescendientes en la ciudad. Inventamos trabajos, tomamos tierras, planeamos barrios y nos los arranchan. Las escuelas, cuando asistimos, nos enseñan a desconocer nuestras luchas diarias y nuestro pensamiento. Somos sobrevivientes de la guerra de los ricos contra nosotras, en la que la estrategia es despojarnos, herirnos, confundirnos, matar nuestra confianza, debilitar nuestra capacidad de lucha.

Tenemos alta conciencia de esta guerra y lo gritamos fuerte cada día a pie de calle, pero la voz de la autoridad armada nos detiene: “¡Longa vaga!”, y los medios de comunicación masiva tuercen la realidad y difunden: “¡Así son, majaderas!”. Y la ciudadanía se debate entre el odio y la condescendencia: “Negra, negrita”. “Chola manavali”, nos gritamos entre nosotras, extenuadas. Comprendemos bien la guerra de las élites contra nosotras, pero no hay palabras, no hay palabras para tanto...

Algunas de nosotras, cholas blanqueadas, fuimos impulsadas lo más lejos posible del suelo por nuestras propias madres. Despojadas de casi toda la riqueza de este mundo, cuidamos como propiedad privada lo poco que tenemos, desde hace tanto tiempo que no recordamos si alguna vez tuvimos un territorio común. Nos criamos atemorizadas de perderlo todo, de ser atacadas por los despojados, de convertirnos en despojadas.

Todas sostenemos a nuestros consortes, a nuestros hermanos e hijas, dedicándoles toda la inteligencia y el trabajo del que somos capaces cada día. Y nos encontramos atrapadas en las redes del amor y la violencia de los hombres que criamos y con los que sobrevivimos a la guerra de la élite contra nosotros. Esperanzadas, heridas, confundidas, aguerridas.

Mujeres de Frente no somos una organización integrada por dos clases de mujeres. Somos mujeres diversas y desiguales entre nosotras, que caminamos permanentemente entre la ciudadanía como sentido de pertenencia prometida por el Estado y la “antisocialidad” como estigma que sufrimos y al que tememos, porque supone castigo. Hemos debido reconocer en nosotras a las buenas pobres, a las malas personas, a las ciudadanas y a las callejeras imaginadas por las élites. Conocemos la violencia machista en la intimidad, el desprecio social y el desprestigio mediático, las batidas policiales, los juzgados, los calabozos y las prisiones. No es fácil hacer pública nuestra voz porque hemos sido más imaginadas que escuchadas, y porque somos castigadas según nos imaginan.

Este número de Sitiadas es un nuevo esfuerzo por nombrar la complejidad de este mundo desde nosotras mismas. Volviendo a creer que quizás vale la pena hablar, unas, aprendiendo a callar, escuchar y acompañar, otras. Sabiendo que la palabra cultivada como privilegio de la sociedad blanqueada es al mismo tiempo nuestro límite y nuestra posibilidad. En los hechos, buscamos la manera de conseguir una pantalla y prenderla con la ayuda de nuestros hijos o nuestras vecinas, y seguimos dialogando en pandemia. Los procesos de reflexión colectiva y los diálogos íntimos se fueron dando física y virtualmente gracias a la capacidad de organización en la adversidad. Así fuimos compartiendo nuestras historias y metodologías.

Mucho conocimiento asoma en las páginas que continúan. Los primeros artículos ponen sus énfasis en los trabajos que inventamos para sobrevivir entre la formalidad sobreexplotada y la informalidad estigmatizada, entre la legalidad empobrecedora y la ilegalidad castigada. Siguen los escritos e imágenes a través de los que hablamos de los castigos a los que nos someten los agentes de Estado como trabajadoras de las calles para impedirnos florecer. La revista avanza con contribuciones que nos remiten a los trabajos remunerados y no remunerados que dedicamos a la reproducción y el cuidado de los nuestros, hasta llegar a los artículos que cuestionan al Estado penitenciario que mina nuestra capacidad de sobrevivir, reproducirnos y cuidar. La última parte de la revista está dedicada a nuestras experiencias y reflexiones sobre la salud y la enfermedad en pandemia, que nos devuelven al Estado abandonador y castigador de todas nosotras, al que discutimos de manera radical al cerrar la revista. Esta es solo una manera de organizar y leer todo lo que aquí compartimos, porque todas las contribuciones aportan saberes y posibilidades de diálogos que no podemos atrapar en una presentación, y porque el trabajo productivo, la reproducción, los cuidados, la salud en pandemia, la enfermedad y el Estado abandonador y punitivo atraviesan todas las contribuciones.

Ponemos en común esta Sitiadas III, que es un esfuerzo de toma de la palabra en primera persona de quienes fuimos privadas del derecho a la expresión pública, acompañadas y queridas por otras compañeras. Esta revista que comparte retazos de historias de vida ricas y complejas, y que es materia prima de reflexiones que vendrán.

Mujeres de Frente



Ilustración: paO viteri.dávila, 2020.

Una, si se va a otro lado, es por necesidad

Ana Gavilanes¹

Mi Mamá me mandó a trabajar en casas desde los diez años y ella solía ir a cobrar. En la primera, estuve como un año. El marido le sabía dar palizas a la mujer. Me salí de donde ellos y mi mamá me buscó otra casa, esta vez con una señora mayor, que siempre me pegaba. Ahí duré casi un año igual y me escapé. Volví donde la primera señora, pero ya era peor, porque como veían que era más grande me tocaba hacer todo. Con los hijos, nos encerraban con llaves. Ahí cobraba yo, pero en todo este tiempo, milagro si me dieron unos mil sucres. El señor seguía dándole unas palizas, y yo me defendía de él a rodillazos.

Me fui a Quito. Desde Ibarra me dijeron que conocían a alguien de allá mismo. Me vinieron a conocer y ese mismo día me fueron cargando. No conocía nada y en los seis meses que estuve con ellos, nunca salí, trabajaba de domingo a domingo y me dejaban con llave con la niña. Venía el fin de mes y decía: “¿Será que me van a pagar?”. No me dieron nada. Cuando ya les dije que me quería ir y que necesitaba el dinero, ¿qué cree que hizo?, con unas cortinas que tenían, que habían cambiado, me pagó. Nunca más le vi.

Volví a Ibarra, ahí encontré otro trabajo en la casa de un profesor. Ya llegó el mes de que me paguen, no hay lucas: “¿Para qué quieres, si aquí tienes todo?”. Estuve hasta el otro mes. Ni un mes, ni el otro. “De hambre no te matamos, ¿no? Bueno, bueno, si te vas a ir, ¡coge tus cosas!”. A esa sí que le regalé, bien regalado.

Después tuve un trabajo aquí en Quito, pero no duré ni una semana. Como me desmayaba mucho, no le gustó a la señora: “¡Encima esta negra me vino hasta enferma! ¡No me pudieron conseguir una muchacha sana!”. Un día estuvimos jugando con las niñas, llegó la señora, bravísima: “¡Ah!, ¿si ve esta negra cómo les enseña a mis hijas! ¡Negra tal y negra cual!”. Ahí yo cogí y me fui. Dije: “Si así empieza, después me sonará”.

Me volví a Ibarra, donde encontré para trabajar en un restaurante. Trabajé, pero el marido era un morbosito. Me defendía, y me sabía decir: “Te salvaste”. Ahí creo que tenía cerca de dieciséis años.

De ahí ya me casé. Mi marido trabajaba con mi tía, en su motel. A los seis meses me fui a trabajar con ella,

con barriga grandecita. Me había dicho: “Tienes que lavar las sábanas, ayudar a las habitaciones, cocinar para los empleados. En la noche, ya coges y te vas a tu cuartito”. Allá creo que solo un mes me duró la gloria del contrato en el cual habíamos quedado. Que “aquí te tienes que levantar antes de las seis”, que “si terminas temprano, no te vayas a tu cuarto”, que “vaya a buscar qué más hacer”. Cuando pasó el mes dijo “Ya no hay plata, no hay cuca”. Parí. “Tu hija llora mucho, no te deja hacer las cosas, no estás cumpliendo tus horas”. En tres meses no me dieron un sucre. Cogí y me fui.

Empecé a trabajar en lo que había, con mi hija, porque él no quería ayudar para nada. Ahí vivíamos tan mal que nos fuimos a la costa, donde su mamá. Luego estuvimos en una camaronera. Daban puras casitas de cañas, ahí mismo nos hacían gastar la miseria que pagaban en la comida. Cosa que cuando ya era de cobrar, ¡ya no cobrábamos nada! Nos fuimos, otra vez a la casa de la mamá. En su casa yo no tenía nombre, solo me llamaban “la negra”. Fuimos a buscar trabajo en Machala, no hubo. Puse un anuncio en la radio para buscar trabajo. Al ratito había escuchado un señor, nos fue llevando a su camaronera. No había luz ni agua potable y dormíamos en el piso en un cuarto donde toditos dormíamos. Pero cada mes me pagaban. Mi marido quiso volver a estudiar y nos tuvimos que ir. Quería que me ayude con la niña para que estudie también pero me dijo: “¡No! Si vos quieres, date llevando a tu hija”. Qué dolor que sentía, hasta ahora siento este dolor.

Encontramos trabajo en el monte para sembrar cacao. Vivimos en una casa vieja de caña, porque era un terreno grande. Antes había bastantísimos trabajadores, entonces han sabido hacer estas casas grandotas donde había así camas, camas, camas. Una temporada después nos dijeron que ya el trabajo se iba a acabar, que iban a vender todo esto. Encontramos un lugar en una chanchera. Pero a mi marido le tuvieron que operar y nos regresamos donde la mamá de él. Ahí me separé, y me vine para Quito, donde mi tía me iba a dar un trabajo y un cuarto.

Mi hijo recién nacido lloraba, se enfermaba y la tía no entendía eso. Mi marido volvió un tiempo y me dijo: “Tenemos que trabajar los dos, entonces les voy a dejar a los hijos donde mi mamá”. ¿Qué cree? Una vez allá

¹ Typhaine Léon acompañó el proceso de escritura.

me dijo que tenía que trabajar para mandarle la plata. No resistí y me fui a ver a mis hijos. Pasó diciembre y dije: “A la primera ocasión, yo ya me voy”. Hice mi maleta, para las votaciones me fui con mi segunda hija. No me podía llevar a mis hijos.

Me vine donde mi hermana en Quito, tenía su restaurantito. Ahí mi tía decía: “Quédate acá, a trabajar las noches, te pago cinco dólares la noche”. Empecé a hacerle los turnos en las noches, pero en una semana no me daba ni cinco dólares. Cogí y me regresé a Ibarra.

Donde había, me iba a trabajar. Trabajé para vender salchipapas, pagaba para que cuiden a Jade. Pero después los dueños se fueron y otra vez me quedé sin trabajo. Me volví donde mi hermana, a ella le iba mal con su restaurante y pronto se fue a España. Mi tía me prometió hacer las noches a medias, y me fui a vivir

ahí. Tampoco fue verdad. Ya cumplí en febrero un año aquí, y terminé pagando hasta por lo que amanece.

Había tomado la decisión de irme del Ecuador el año pasado, porque cada vez estaba más difícil la situación. En el hotel me iba para atrás, no logré ahorrar nada, peor frustración cuando vino lo de la pandemia. Estaba ahí varada, no tenía un centavo. Mi plan era irme a España, pero si antes tenía un huésped, ya no tenía ni uno. Y una amiguita me dijo que quería ir a Chile, ahí se me prendió el foco.

Me prestaron doscientos cincuenta dólares, y de eso me tocó ir a dejarle a mi hija donde su hermana y comprar cosas para ellos. Prácticamente me quedé con ciento cincuenta. Llegué a Huaquillas, donde hay gente que está esperando que una caiga, porque cuando alguien se va a otro lado es por necesidad. Sigo aquí, todavía quiero llegar...



Ilustración: Andrea Z. Rojas, 2020.

Cocino con amor, pero también para pagar el arriendo

Yolanda Salcedo con el apoyo de su hija Juliet Gamboa²

Aprendí a cocinar cuando era niña, en la costa. Desde ese día, y hasta ahora, me enamoré de la cocina. Podría decirse que es una suerte dedicarse a lo que una ama hacer, que te paguen por cocinar y probar sabores que a la gente le encantan. El olor de la yuca friéndose, el montón de sabores que se mezclan en el encocado de pescado, ver el rostro de los comensales de la ciudad cuando les preparo algún platillo de mi tierra... Es maravilloso. La cocina es un lugar para la creación con amor. Por eso escogí trabajar en esto, el oficio que con tanta entrega me enseñó mi familia y que cargué conmigo cuando me mudé de la costa a Quito.

No recuerdo en qué momento ese trabajo dejó de significar todo esto. Quizás fue en el momento donde los gritos comenzaron a repetirse, cuando me obligaron a trabajar más sin paga extra, y hacer tareas fuera de la cocina que no me reconocían en el salario. Como respuesta siempre he recibido un: “Es tu trabajo y por eso te pagan”.

Este es mi trabajo. Comienza desde que me levanto a las cuatro de la madrugada, salgo de mi casa a las cinco para estar a tiempo en el mercado Santa Clara. Tengo que llegar ahí antes de las seis y media, estar lista, y haberme puesto ya mis implementos de trabajo. Empiezo picando lo necesario para tener pronto los desayunos. Al mismo tiempo tengo que empezar a preparar las ollas para el almuerzo y estar lavando siempre los platos para que la cocina se mantenga desocupada. Hago todo esto lo más rápido que puedo, porque como dicen: en la cocina se castiga la demora. Trabajo muchas horas pero parece que no fuera suficiente, igual te pueden gritar y tienes que aguantar porque, otra vez: “Es tu trabajo y por eso te pagan”. Saben que lo necesitas y que por eso puedes aguantar más.

Antes de que llegara la pandemia yo trabajaba en un comedor donde me pagaban cinco dólares por hacer todo esto. El dueño decía que era muy difícil para él pagarme los diez dólares que me tocaban. Como necesitaba ayudarme con el arriendo pues los acepté. Yo llegaba a las seis de la mañana y el dueño a las siete, una hora esperando afuera porque no tenía

las llaves para entrar. Nadie me pagaba ese tiempo. El señor llegaba tarde a abrir el local y yo tenía que hacerle desayuno a todas las personas que llegaban con él aunque esos desayunos no eran de venta. Como yo trabajaba sola estaba a cargo de todo, lavar platos y dejar limpio todo. Si estaba en la cocina y se le ocurría que quería algo, tenía que salir corriendo a comprar. Mi salida de ese trabajo era a las tres de la tarde, pero cuando ya terminaba mi labor al señor se le antojaba comer. Todo lo que había limpiado era en vano... ¡Terminaba a las cuatro! Tampoco pensaba en pagarme horas extra.

A la hora de cobrar los cinco dólares solo me decía que no se había vendido nada y que para mañana me pagaba lo que me debía. Todos los días era lo mismo. Al otro día que llegaba pues solo me daba los cinco del día anterior. Hasta ahora no me ha pagado cuatro días y se esconde cuando quiero cobrarle. Cuando trabajas en cocina esto es común. Confunden el amor con el trabajo. Asumen que cocinas por amor y no para poder comer.

¿Por qué lo hago? Porque necesito pagar el arriendo y cocinar es lo que sé hacer. Cuando se llega a mi edad encontrar trabajo es muy complicado, sobre todo en pandemia. Hay que tomar lo que aparezca porque los gastos no paran. Cuando me siento cansada y creo que ya no puedo más, recuerdo los olores de la cocina de la costa, los platillos que me traje conmigo a la ciudad y el gusto de que los clientes prueben cosas nuevas.

Sé que la situación está dura, pero en medio de eso, el apoyo con otras compañeras ha hecho que yo pueda poner un límite cuando me quieran explotar. ¡Ya no más! Cuando ves que puedes salir adelante de otras maneras menos dañinas, entonces puedes poner ese límite.

² Vanessa Beltrán acompañó el proceso de escritura.

La presentación de una trabajadora doméstica

Juana Cuenca³



Ilustración: Nary, 2020.

¿Cómo trabajamos las empleadas domésticas? Nos levantamos muy temprano. Eso es fundamental: levantarse temprano, pedirle a Dios y cocinar para nuestros hijos. Uno de ellos va en la mañana al colegio, la otra en la tarde. Mientras se alistan yo me arreglo para irme al trabajo.

A partir del día que comenzamos a trabajar en una casa nos hacemos como de la familia. Tenemos que coger las costumbres de la casa, ganar la confianza de ellos, ser honrada, limpia y rápida en el trabajo. Es como ser invisible, pero te vuelves invisible solo en el momento en que trabajas mucho y de forma eficiente, cuando ya no molestas porque todo lo sabes, todo ya lo aprendiste.

Al fin y al cabo, el trabajo doméstico es como cualquier trabajo, solo que en lugar de estar en una oficina hay que cocinar sin parar, lavar ropa y, por supuesto, darle de comer a los patrones.

Tengo que salir de mi casa a las ocho de la mañana para poder coger el trolebús y llegar cerca de las nueve a lavar los trastes que quedan después de que la familia tomó el café. Tiene que ser rápido, para poder pasar a hacer el almuerzo. Ellos insisten en que les gusta comer siempre puntual. En esa casa yo cocino para tres, cocino muchos granos todos los días porque eso es lo que les gusta. También les gusta fumar mucho, a la señora y al señor. Salgo entre las dos y las tres de la tarde siempre. Bueno, antes, cuando tenía trabajo, antes de que empezara esto de la pandemia.

Una trabajadora doméstica es una mujer guerrera. Eso me inspira a seguir luchando. Soy guerrera porque he trabajado y peleado mucho por mis hijos, porque he tenido que ser madre y padre al mismo tiempo. Los defenderé siempre, no dejaré que hablen de ellos ni que los toquen. No me cansaré nunca de pelear por su bienestar. Ellos ya están grandes. Seguramente si se casan me quedará sola, pero pediré siempre a Dios que sean personas de bien y que luchen.

Así nació la guerrera que es la trabajadora doméstica. Invisible pero fuerte, callada pero luchadora, amorosa pero también dispuesta a hacer lo que tenga que hacer por mis hijos y por mí.

Seis escenas sobre el trabajo y la vida cotidiana durante la pandemia

Denise Nazareno⁴

¿Cómo han cambiado las cosas? ¿Cómo se han dificultado?

Escena 1

El día a día habitual



Ilustración: Andrea Z. Rojas, 2020.

Esta es mi rutina de trabajo: Me levanto, me aseo, les doy el desayuno a mis hijos y preparo el almuerzo. Me visto y salgo a esperar el recorrido. El recorrido me agarra y llegamos hasta el lugar de trabajo. Doy de desayunar, lavo los platos y continúo con lo demás que hacer. Trabajo en una casa.

Escena 2

Cuando llegó la pandemia

Cuando llegó la pandemia, en la cuarentena, no tenía para pagar el arriendo. No tenía para darle de comer a mis hijos. No tenía para pagar los servicios básicos porque no podía salir a trabajar. Para mí se dificultó el trabajo en la pandemia porque no tenía trabajo.

Escena 3

Mi jefa no me pagó por tres meses

Fue duro para mí cuando pasó la cuarentena, cuando ingresé al trabajo. Hice cuentas con mi jefa y vio el monto y dijo que no podía pagar porque la desnivelaba. Ella es aseguradora de carros. Y tampoco podía pagar el seguro de esos meses. A mí se me fue el mundo encima al pensar que tenía tantas deudas y sin dinero. Tenía mucho coraje con todo lo que ella me hizo. Necesitaba desahogarme.



Ilustración: Andrea Z. Rojas, 2020.

⁴ Cristina Vega acompañó el proceso de escritura.

³ Vanessa Beltrán acompañó el proceso de escritura.

Escena 4

Las deudas, poco a poco

Yo tenía muchas deudas. Estaba retrasada en el arriendo. Pero le doy gracias a Dios que las estoy pagando. Las estoy pagando poco a poco. Me pagan y yo pago. Poco a poco. Cuando consigo, pago. Pago servicios básicos, pago arriendo, después pago de lo que debo afuera y así cubro un poco de cada una, porque a mí no me gusta que me anden cobrando. En los servicios básicos estoy al día, no debo tanto.

Escena 5

El trabajo en la casa

En casa, con los deberes de los niños y las tareas me organizo haciéndolos cuando llego del trabajo. Las que están un poco fáciles las hace mi hija y lo que no puede le ayudo. Cuando me levanto en las mañanas les dejo haciendo la comida para que coman. Ahí también limpio la casa. Ayudo a mi hija con los deberes. Tengo que estar con ellos con los deberes, porque nos da poco tiempo para hacerlos, enviarlos...



Ilustración: Andrea Z. Rojas, 2020.

Escena 6

Los corviches, un extra

Hago dinero extra vendiendo bolones y corviches. Buscando alternativas para sobrevivir. Unos veinte dólares logro así, dependiendo de lo que me pidan. En el trabajo continuo. Ella me dijo que iba a pagarme, que se me hacía mil y algo estos tres meses que no pude ir, el básico, los trescientos sesenta y dos dólares trabajando las ocho horas. Ella dijo que íbamos a recompensarlo con horas: “Y así yo te pago el monto”, me dijo. Yo le dije: “Sí, yo necesito, yo estoy muy endeudada”. Quedamos en ese acuerdo. Yo iba a comenzar a trabajar para ella otra vez, y ella me iba a adelantar la paga para poder yo pagar lo que debía. Ya cuando estuvo para pagarme, se le hizo duro pagarme toda esa cantidad. “¿Sabes qué?, me desnivela”. “Pero seño -le dije-, ya quedamos en eso. Yo lo necesito, tengo muchas deudas”. “Si me vas a trabajar de lunes a domingo”. Yo le dije: “No, yo tengo responsabilidad con mis hijos. Yo necesito estar con ellos, de lunes a domingo no. De lunes a sábado le acepto”. ¿Porqué? Porque mis hijos me necesitan. Y de lunes a viernes yo les dejo botados. De seis de la mañana a seis de la tarde que llego. Mucho tiempo yo no comparto nada con ellos. Y yo tengo que estar con ellos. Son pequeños. Me dijo: “Ah, como tienes que pasar con los guaguas, se te dificulta”. Yo le dije: “Si hay tantas excusas, entonces no me pague y tampoco le trabajo, pero si quiere que yo le siga trabajando, mes cumplido mes pagado, seño”. Pero ahí sigo en el trabajo, dándole no más.

Trabajar: producir, reproducir, cuidar

Patricia Palacios, Lida Matiag y Andrea Aguirre⁵

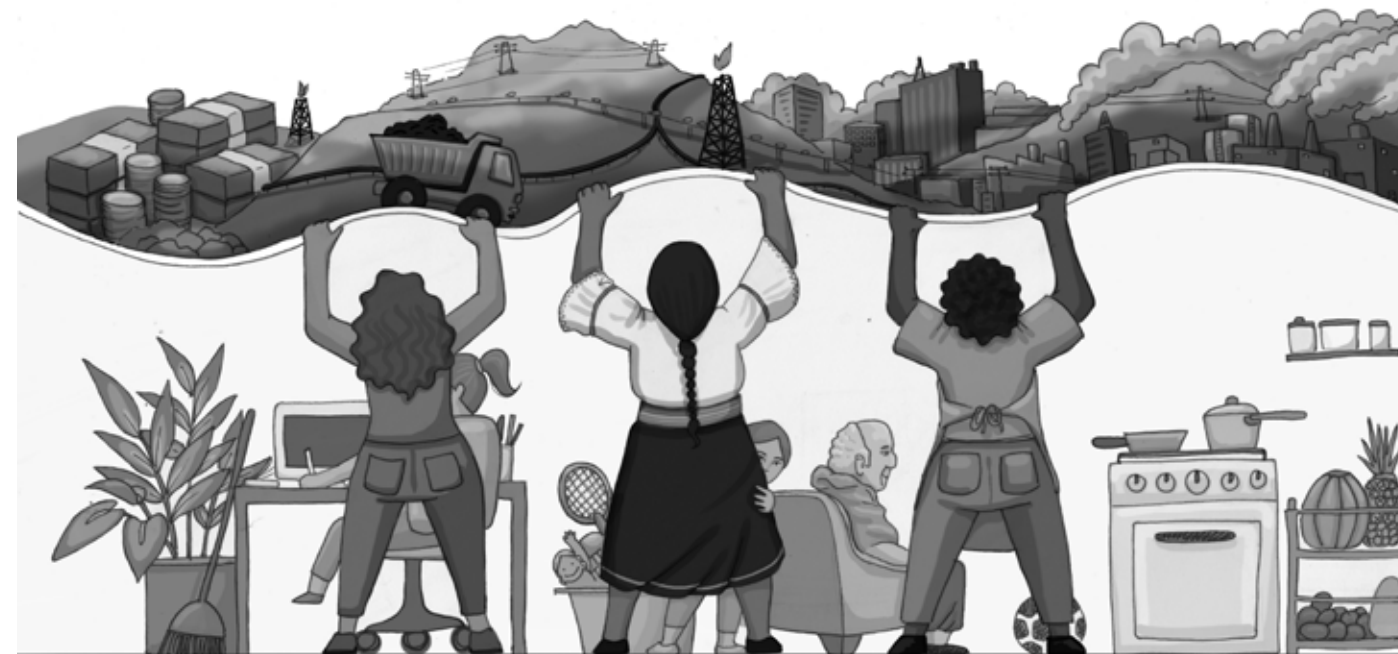


Ilustración: @angie.vanessita

Recuerdo que mi mamá trabajaba ayudando a cocinar y mi papá con las “negras” de Coca Cola. Cuando nuestra madre cumplió veintiún años enfermó y toda nuestra vida cambió. Éramos niños y no entendíamos lo que pasaba, se puso cómo loca, cantaba, bailaba, lloraba, reía. Mis abuelitos y mi papi mandaron a mi mami, y nosotros, los hijos, apegados pues a la mamá, nos fuimos con ella. Me acuerdo que ese día dormimos en la calle, sentados en una vereda, solo abrazados ahí nos quedamos.

Vivimos un tiempo en la calle, de ahí nos llevaron al albergue hasta cuando a mi mami le llevaron al hospital mental. Entonces nuestra abuelita se hizo cargo de nosotros. Pero ellos muchas veces no tenían dinero para nada, por ello mi hermana de diez años y yo con nueve años decidimos vivir aparte con nuestros dos hermanos menores.

Cada fin de mes acudíamos al trabajo de papá para pedirle del arriendo, de tanto pedirle a veces nos daba. Y nosotros trabajábamos. Aprendí de mi madre a lavar ropa ajena y entonces decidimos con mi hermana pedir lavadas en casas mientras que nuestro hermano lo hacía desde una carpintería como lijador. Y teníamos que turnarnos para cuidar a nuestro hermanito menor. Así mismo los tres madrugábamos a las cinco de la mañana a lavar buses.

Mi mami vivía con nosotros cuando ella ya se recuperaba. Nosotros teníamos que cuidarle a ella, darle la medicación que era fuerte. Pasaba somnolienta, no hacía nada, nosotros le bañábamos, le dábamos de comer, le cuidábamos. Vivimos así hasta cuando tuve a mi hijita.

Tuve mi primer hijo a los diecisiete años. Para mantenerle continué lavando más seguido porque el papá nunca se hizo cargo. Me volví a ilusionar de otro hombre que también me falló, pero me dejó una hermosa hija que tuvo tanta suerte que una amiga me pidió que la reemplace en su trabajo y yo acepté. Fue una guardería y los patrones me dieron la oportunidad de llevar a mis hijos para que sean parte mientras yo atendía mi trabajo de cocina y limpieza. Los fines de semana acudía a la guardería a lavar la ropa de mis jefes y me quedaba el domingo para lavar mi ropa y la de mis hijos, además arreglar y descansar un poco.

Conocí a una persona y con él tengo tres hijos y dos de cuenta propia. Pasaron varios años sin trabajo formal por falta de estudios. Me ofrecieron un trabajo de posillera para los fines de semana, lo acepté. Llegó un momento en que me puse mal en pleno trabajo, no sabía qué pasaba, pero tenía la sensación de salir corriendo, llegué desesperada sin entender qué pasó. Mi esposo me llevó donde una doctora que me dijo:

⁵ Andrea acompañó el proceso de escritura de Patricia y Lida.

“Usted tiene depresión y ansiedad”. Perdí mi trabajo de los fines de semana. Llegó un momento que no teníamos dinero. El lavado me persigue y cuando no sabemos de dónde sacarlo, alguien tocaba mi puerta y decía: “Por favor no sea malita deme lavando”.

Días van, días vienen. Todos mis hijos estudian, pero siempre sigue faltando el dinero. Entonces mi suegra nos sugirió que recojamos reciclables para recuperar la falta de trabajo. Mi suegra arrendaba un pequeño terreno y nos ofrece una parte para guardar los materiales y además nos regaló un coche para trabajar. Salíamos todas las noches con mis hijos a recoger material. Los más pequeñitos, de dos y cinco años, se quedaban en casa dormidos, y en último caso los llevaba caminando junto a mí de la mano y mi hijo que me acompañaba desde el vientre. Mi hija de ocho años me ayudaba a buscar y aplastar botellas. Mi hijo mayor tenía diez años y le ayudaba a mi esposo a empujar el coche y hacer bultos. Todos juntos colaboramos en buscar, a veces con malos olores y basura desagradable. Cada quien ayudaba a transportar los costales al hombro, porque ya no entraba en el coche. En ocasiones salía sola con mis hijos porque mi esposo trabajaba en otro lado. Él trabajaba de lunes a sábado como empacador de chifles y papas fritas. Cuando teníamos que pagar las cuentas, él pedía mercadería a los dueños para vender en las calles. Cuando el trabajo se le terminó vendía caramelos, chicles, tabacos en las entradas de los estadios y esquinas. Era indispensable que mi esposo haga trabajos varios como pintar, lavar carros o vender frutas en la calle.

Con el tiempo ya la gente nos reconocía. Algunas personas no lo veían así y me criticaban: “Qués señora, ya cuídese porque con tantos hijos yo no sé cómo puede vivir así!”. Otras en cambio decían: “Si le sirve con mucho gusto vendrá no más, solo es basura”, y nos regalaban ropa y alimentos.

En ese tiempo se vendía el material a la señora María Quinaloa que tenía una camioneta y la posibilidad de comprar y acumular en su terreno. Con mucha prueba y error aprendimos a conocer cuáles materiales valían y cuáles no. Sentíamos que algo andaba mal porque trabajábamos mucho y ganábamos poco. Siempre veíamos pasar camiones grandes que llevaban reciclaje y un día de esos los encontramos y les pedimos asesoramiento. Nos llevamos tremenda sorpresa, los precios superaban casi el triple de lo que nos pagaban solo por el hecho de estar clasificados. El papel blanco y las botellas desde entonces son materiales favoritos para acumular una buena cantidad, luego el

cartón que es lo que más se encuentra, y por último la chatarra y el periódico por ser el precio más bajo. Comprendimos que la mejor manera para ganar más dinero era acumular más material en más tiempo. Los compradores venían a recoger el material de la casa y ya no vendíamos a intermediarios.

Pasó el tiempo y vino la pandemia. Como nunca se podía sentir el temor por enfermarse de algo desconocido y como no contamos con el dinero ni despesa, la desesperación se volvió traumática. Entre los familiares nos ayudábamos para sobrevivir: mis cuñados me regalaron compras, yo le daba azúcar a mi mamá y ella me daba papas, mi hermana me donó veinte dólares, mi tío me trajo yucas y yo compartía con mi otra hermana.

Con mucho cuidado visitábamos contenedores, pero las empresas que llevaban el reciclaje cerraron sus puertas. Como todos, empezamos a cambiar de estrategia y ahora además de pedir reciclables por ganarnos a los donadores barremos y dejamos sacando la basura. Empecé a buscar ayuda en las redes sociales y me involucré con la organización Mujeres de Frente que se convirtió en una ayuda muy importante para mi vida.

Quiero un mejor futuro para mi familia y que las autoridades reconozcan en bono económico nuestro trabajo.

Paty

Mi nombre es Lida Matiag, pertenezco a Mujeres de Frente, soy gestora ambiental. Debido a la desatención del gobierno y al descuido de mis padres, mi sueño de un futuro mejor fue destruido. Muchos padres no pensamos en nuestros hijos como personas sino como ayuda, carga, responsabilidad. Esto lo viví, lo sentí a mis seis años, la alegría, la devoción por una madre que me enteraba que no lo era, la impotencia, la tristeza, la rabia, la resignación. Los golpes que recibí no fueron tan duros como esas palabras: “Tú no tienes derecho de comer, solo mis hijos”. Acciones y palabras como estas cambian el destino de un hijo.

A lo largo de mi juventud pensé qué trabajos podía hacer. Los bríos de la juventud fueron reemplazados por la realidad. Ser gestora ambiental ha sido el único medio de sustento que me ha quedado para sobrevivir.

Me fui al norte de la ciudad porque los ricos botan buenas cosas. Fui buscando el cartón de los locales. Me enteré que había empresas que lo compraban

por toneladas. Tenía que recoger y guardar en la casa y llamar a la empresa para que retire. Así se puede ganar más ya que el peso es real, no como los pequeños compradores que manipulan las balanzas. Fui ganándome el aprecio de los dueños de los locales cercanos y recogiendo más y más.

Ha sido una lucha sin recompensa. No tenemos políticas de reciclaje tanto en casas como en el manejo correcto del material reciclado. Los recicladores de a pie se arriesgan a contagiarse de enfermedades, ya que su trabajo es en los basureros y la basura es mezclada con desechos orgánicos y material contagioso como papel de baño y jeringuillas. No tienen seguro médico ni compensación de ninguna clase. No tienen derecho al reciclaje de grandes centros comerciales donde el material es limpio y sustancioso, porque el Municipio acapara ese material con intimidación de multas a los locales.

Somos abandonados por un sistema de gobierno que nunca se ha molestado en tener un registro de quiénes realmente necesitan ayuda social. Hace años que el Ministerio de Inclusión no ha levantado información alguna. Creo hacer un trabajo muy importante para el país y para el planeta, pero a pesar de tener un hijo con discapacidad física e hijos con excelentes calificaciones y estar en la más absoluta pobreza no aplico a ningún tipo de bono y mis hijos tampoco aplican a becas, lo que deja a familias como la mía sin oportunidades de superar la pobreza, convirtiéndose en un círculo sin fin.

Decidí no involucrar a mis hijos en este trabajo ya que me siento culpable de haberles traído a un mundo sin oportunidades, a un país que poco le importa los pobres. Decidí que mis hijos no conocieran este mundo y que se enfoquen en que son otra clase de personas. Deben dedicarse exclusivamente al estudio. No quise que trabajen ni que sepan nada de afuera. Los alejé de los familiares de mi esposo, les pedí que no confiaran en nadie y conversé la verdad de por qué te conviertes en pobre. En sus mentes solo hay una meta: llegar a ser independientes y no repetir mi historia.

Creo que hice bien. Este tiempo se ha convertido en la crisis económica y sanitaria más grande que el planeta ha soportado, para la que no estamos preparados y menos personas como nosotros. Eso se refleja en mí, que después de la pandemia es un milagro si llego al fin de mes. Hasta personas con trabajos estables ya que estudiaron y se prepararon sufren esta pandemia. Quiero sacar a mis hijos de esta casilla que fui

encasillada por ser pobre. Quiero cambiar con mis hijos, que ellos no repitan mi historia. Quiero que sepan que hay un mundo mejor si te esfuerzas y estudias, que una carrera es una manera de salir de la pobreza. Que entiendan que es cruel traer hijos al mundo sin saber que son seres humanos que merecen venir a un hogar con personas que les amen y sobre todo que tengan dinero para que puedan comer sin miedo al mañana.

En Latinoamérica los gobiernos no ponen políticas de estudio ni de empleo, por lo que nuestro continente no avanza. La corrupción gobierna, no deja progresar. Las personas pobres no tenemos manera de entrar a una plaza de trabajo porque no tenemos palancas, y si logramos debemos demostrar el doble nuestro trabajo ya que no tenemos un padrino. Sé muy bien que será duro para mis hijos porque solo el estudio no es garantía para un futuro mejor, pero sé que de todas las puertas que hay alguna será para mis hijos. Mis hijos no serán como yo.

Lida

Los trabajos que las mujeres inventamos para conseguir recursos económicos, los que asumimos cada día sin remuneración para reproducir nuestra vida y la de los nuestros, y los que dedicamos al cuidado de las personas sensibles que somos, son una sola y compleja labor: la de sobrevivir como humanidad en la adversidad.

La historia y los dilemas que narran, compañeras, son los de todas nosotras. ¿Cómo seguir vivas en este mundo donde la riqueza ha sido acaparada por unos pocos, que no pretenden que sobrevivamos? ¿Cómo hacerlo sin descuidar nuestra humanidad? ¿Cómo criar para que los nuestros sigan viviendo, pero también para que cuenten otra historia? Son problemas de primera importancia que nosotras asumimos desde la infancia. Dilemas que transformamos en tareas cotidianas como manera de ir respondiendo en los hechos.

Ellos han dicho que solo es trabajo lo que cobramos, que nosotras no pensamos, producimos ni creamos. Despreciarnos ha sido su manera de dejar el mundo intocado.

Nosotras nos mirarnos, nos sorprendernos de lo mucho que hacemos, nos apreciamos. A mi me sucede así al leerlas compañeras.

Andrea

El Estado hace la guerra y los pobres mueren de hambre

Ángela Cerda⁶

Mi nombre es Ángela Cerda, tengo veinticinco años y soy comerciante ambulante. Yo trabajo desde muy pequeña. Mi mamá me enseñó a trabajar y no depender de otras personas para tener mis propios medios. Me decía que si una se encierra en el “yo no puedo” se siente inútil y no sirve de nada. Por eso yo cojo y hago, para resistir y sobrevivir.

En mi familia varias somos comerciantes en las calles. Vivimos del día a día y de un ingreso diario, llevando el pan de cada día a la casa. Como mujeres, buscamos de cualquier manera sacar adelante a nuestra familia, a pesar del riesgo, sin importar la distancia, sin importar el tiempo, sin importar la cantidad de esfuerzo, con tal de poder alimentar y mantener a las personas que dependen de nosotras: hijos, hijas, tíos, tías, abuelas, abuelos. Antes de que empiece la pandemia íbamos a ferias, a mercados, a festivales y eventos para distribuir y vender lo que estaba en demanda: jabón, papel, pasta dental, verduras, frutas, golosinas, agua. Con este esfuerzo, teníamos para subsistir. Cuando inició la pandemia se suspendió todo y la amenaza en las calles se agudizó. Afectó a todo el mundo, sí, pero con consecuencias muy desiguales.

La vida de comerciante en el contexto del COVID-19

Desde el comienzo del encierro yo no dejé de salir a trabajar porque no había de otra. Si antes en un día conseguía tres dólares en mis ventas, apenas lo suficiente para tres comidas diarias en la casa, durante el estado de excepción muchas veces no vendía nada o ganaba como máximo un dólar. Esos días no comíamos.

En esos primeros tres meses mi angustia aumentaba a diario por el miedo de llegar a casa y contagiar a mi familia, varios ya de tercera edad o población de riesgo y a pesar de aplicar todas las medidas de prevención posible en casa: mascarillas, cambios de ropa, duchas frecuentes y desinfección constante, mi temor era grande. ¿Cómo escoger entre quedarse en casa y morir de hambre o arriesgarse al contagio para ganarse centavos?

Busqué cualquier manera de ganarme la vida: madrugando a las tres o cuatro de la mañana a vender, cuidando los autos por la lavandería del mercado San

Roque cuando seguía abierto, arriesgándome frente a la violencia policial que empeoraba cada día. Pero no fue suficiente y pasó lo inevitable: no logramos pagar el arriendo, nos endeudamos con los dueños de casa y a la final nos mandaron sacando. Nos encontramos las nueve personas de mi familia sin un techo propio en plena pandemia.

La pandemia como una justificación de la violencia del Estado

Estar en las calles es un peligro, por un virus desconocido y nuevo, pero más aún por los municipales y los militares que nos persiguen como si fuéramos ladrones y nos quitan nuestra posibilidad de sustentar la vida. Durante la cuarentena llegaban hasta con caballos a corretearnos. Les decíamos que también tenemos derecho a comer y preguntábamos: “¿De dónde sacamos entonces para alimentarnos?”, pero ellos solo nos respondían con groserías, gritando “¡Longos, lárguense!”, entre otras profanidades, bajo la excusa del “bien común”. Nos impedían trabajar y nos señalaban como culpables de la enfermedad, los contagios y el virus, como si las personas pobres hubiéramos causado la pandemia.

Cuando cerraron el mercado San Roque, lo llamaron una fumigación y limpieza por el COVID-19. Llegó una autoridad del Municipio a decirnos que no nos preocupemos, que iban a dejar nuestros puestos intactos pero que necesitaban hacer una desinfección. Resultó ser una limpieza de nosotras comerciantes. A la una de la mañana llegaron los GOE,⁷ los militares y los metropolitanos con camiones y remolques a botar todo: carpas, productos, cajas, coches, todo en una sola hecho basura. La gente lloraba desconsolada por sus negocios, sin saber cómo continuar y sobrellevar la pandemia. San Roque era el único mercado que nos dejaba entrar a comprar para poder vender, como mayorista o minorista, y con el mercado desmantelado y vigilado, se complicó todo mucho más.

Estábamos en un rebulicio, porque aquí, entre ricos y pobres, todos nos estábamos muriendo de hambre y de miedo.

El gobierno y su negligencia

Según el gobierno, se estaban tomando medidas para apoyar a las personas en necesidad, para posibilitar

que todos y todas nos quedemos en casa, que nuestros hijos continúen su educación y que nos protejamos. Se suponía que estaban repartiendo bonos, canastas de alimentos, postergando pagos de deudas y servicios y facilitando la tele-educación. Para mi familia fue otra la realidad. Fui beneficiada por un corto tiempo de un bono que apenas cubría el arriendo y el cual duró solo dos meses. Después, no hubo más.

Los kits de alimentos resultaron ser un intento por mejorar la reputación del Estado, entregados al azar, como una lotería, fugaz. Había que esperar horas en unas filas enormes para recibirlos, pero al llegar mi turno me informaron que yo no era beneficiada. Cuando pedí explicaciones, solo me dijeron que tenía que llamar al 5000 y registrar mis datos. Llamé por días, pero nunca me contestaron. Solo se escuchaba una grabación que decía que la línea estaba restringida y que no recibía más llamadas. A una vecina que sí le había tocado el kit nos contó lo que había recibido: dos latas de atún, un paquete de fideos, una libra de azúcar, sal y arroz, tres fundas de leche y cereales. Supuestamente esos kits sustentaban a una familia por quince días. Eso en un día se acababa con tantas bocas para alimentar en mi familia.

Mientras tanto, las escuelas amenazan con quitar a nuestros hijos de la institución si no se conectan a las clases en *zoom*. Nuestra responsabilidad ahora se mide por esta presencia virtual, lo cual equivale para nosotras a una erosión total de recursos y posibilidades. El esfuerzo que significa esta conexión es monumental: trabajo adicional para pagar las recargas diarias de datos al teléfono que compartimos, dificultades y daños tecnológicos por asaltos, dispositivos antiguos prestados y con fallas, además de la exigencia para apoyar en deberes difíciles y enviarlos de manera inmediata. La tele-educación se ha convertido en un mecanismo más de aparentar para el gobierno, no para educar.

Y ahí está la paradoja. Nos discriminan por no tener una educación, cuando las posibilidades de obtenerla son hechas imposibles por el mismo sistema. Nos juzgan por llevar a nuestros hijos al trabajo y enseñarles lo que podemos, pero no son capaces de ajustar las condiciones para que las oportunidades realmente sean equitativas. Si eres como yo y no pudiste terminar el colegio, no te reciben en ningún lado. Por no tener un título, te ven como la peor cosa del mundo. Tantos documentos piden que es imposible encontrar un trabajo formal, a cada vuelta hay un obstáculo. Hasta para recoger la basura necesitas ser bachiller.

En este tiempo de emergencia sanitaria, de tantas dificultades, el gobierno nos debió haber siquiera mirado, brindado una oportunidad, un trabajo, o como mínimo la posibilidad de comerciar sin violentarnos.

La organización y el cambio sí hay, yo lo he vivido, pero requiere cambiar una perspectiva y lógica de consumo y de explotación de las personas más vulnerables. Pero en esta guerra capitalista, somos las personas más abandonadas y afectadas y les conviene que nos muramos de hambre.



Fotografía: Andrea Z. Rojas, 2020.



Fotografía: Andrea Z. Rojas, 2020.

⁶ Emily Salamea acompañó el proceso de escritura.
⁷ Grupo de Operaciones Especiales de la Policía Nacional.

Perseguidas antes y después del confinamiento

Nancy Delgado y Mayra Vera

Mayra: Nancy me cuenta que es comerciante autónoma de la calle. Ha desempeñado ese oficio desde la infancia, lo aprendió de su madre. En su trabajo se ha enfrentado a muchos desafíos, pero siempre afronta todo con entereza. Me cuenta que la Policía Metropolitana no deja de criminalizar su trabajo, que es señalada, insultada e intimidada. Ella espera que se conozca su realidad, lo que afronta día a día.

Nancy: Me importa que las personas, la población en general se dé cuenta de nuestra situación porque somos perseguidas por vender en la calle. Los metropolitanos nos agreden, nos insultan y nos tratan mal. A ellos no les importa que seamos personas embarazadas, que estemos con niños o las personas de la tercera edad. Siempre ha sido esto de la agresión por parte de la Policía Metropolitana.

M: La necesidad de trabajar para mantener la economía del hogar hace que Nancy salga a la calle, es parte de lo que tiene que hacer para sobrevivir, criar a los hijos y vivir el día, pero las autoridades aparecen allí donde van como agresores que denigran y humillan a las trabajadoras informales, el maltrato es verbal y físico y queda grabado en la memoria.

N: A mí me arrastraron con mi niño cuando tenía un mes de nacido. Salí para trabajar en la calle cumplido un mes de la dieta y los metropolitanos me quitaron mis mercancías y me arrastraron por la calle, una media cuadra junto con mi niño.

Desearía que muchas personas se den cuenta de la situación que vivimos las vendedoras informales, no solo yo, hay muchas compañeras que han sido agredidas. Una compañera perdió a su hijo en una de las batidas que nos hacen los policías. Ella era parte de nosotras, comerciantes informales en el sector de La Marín. Se le murió su niño asfixiado por el gas.

Es dura nuestra vida. Algunas personas nos discriminan, piensan que tenemos casa, que tenemos carros, posibilidades, que solo nos hacemos las víctimas, pero nosotras, vendedoras informales autónomas, no tenemos una buena posición, a veces ni siquiera una buena comida. La Policía Metropolitana nos dice que debemos vender en un local, pero ¿cómo?, el único local de nosotros es la calle.

M: Si Nancy compra un cartón de manzanas en veinte o veintidós dólares, la ganancia que obtiene al venderlo todo es de cuatro o máximo cinco dólares. En un cajón de tomate que se consiga a doce o trece dólares, de venderlo todo, la ganancia será de cinco o seis dólares. Pero no siempre se vende todo y en ocasiones la ganancia del día es de un dólar.

N: Gastamos además en fundas para enfundar el producto. Al final lo que ganamos es realmente muy poco: cinco dólares, un dólar, eso es lo que yo llevo a mi hogar. Pero ¿por qué?, sin yo comer un almuerzo, sin yo tomar una cola, sin ir al baño, por el motivo de no gastar eso que nosotras ganamos.

M: Hasta antes de decretar la cuarentena obligatoria Nancy salió a vender, pero cuando fue la hora de hacerlo ella y su familia se encerraron. El esposo de Nancy no podía trabajar. Fueron dos semanas de incertidumbre, después de eso tuvo que salir a la calle, con el miedo y todo, pues no tenía otra manera. Las cuentas se acumulaban.

N: Nos cogieron en la nada. Con la pandemia la situación entre las vendedoras ambulantes y la Policía Metropolitana mejoró. Aunque las ventas bajaron ya no eran perseguidas como antes, los metropolitanos les permitían estar, las agresiones disminuyeron. Pero en el mes de septiembre comenzó la persecución, una vez más, peor que antes. Las amenazas con la cárcel son comunes, los decomisos, las multas. Los dueños de los locales no nos encargan el producto porque les multan con grandes sumas de dinero. Los metropolitanos no nos dejan estar ni siquiera paradas llamando, nos dicen que nos vayamos y nos persiguen tres o cuatro cuadras



Fotografía: Nancy Delgado, 2020.

para que no vendamos. Ahora es más que antes: a las señoras que vendían en el mercado ya no les dejan y han bajado por aquí a La Marín, los policías se quieren llevar la mercancía y ellas discuten. A veces yo también quiero discutirles, les digo que es por nosotras que tienen trabajo porque pagamos todos los impuestos, agua y luz. El metropolitano dijo: “Es cierto, si no hubieran personas como ustedes no tendríamos trabajo”. Solo le miré y me quedé pensando en eso...

M: ¿Por qué trabajar así? ¿Por qué sufrir así? Nancy ha trabajado desde que era niña, es su manera de sobrevivir. A pesar de no haber estudiado como ella quería, se esfuerza por ganarse cada centavo. Y me dice que no desea dejar a sus hijos sin estudios, que quiere que tengan una vida digna.

Mi realidad como vendedora ambulante en tiempos de pandemia

Paula Quispe⁸

Muchas personas piensan que por ser vendedora ambulante puede que tengamos carro, casa y dinero, cuando la realidad es todo lo contrario, porque somos personas que vivimos el día a día. Somos personas que si no salimos a vender cualquier cosa, no tenemos ni para comer. Muchos queremos trabajar, pero las posibilidades son escasas.

A veces no sé qué hacer, y con mi esposo me pongo a llorar y mis hijos me dicen que por qué lloro y les digo que no sé a dónde irme a vender para poder traer algunas cositas para la comida y así poderles brindar a todos.



Ilustración: Paula Quispe, 2020.



Ilustración: Paula Quispe, 2020.



Ilustración: Paula Quispe, 2020.



Ilustración: Paula Quispe, 2020.

El sueño anhelado

Erika Rivera⁹

Mis agradecimientos a mi madre, María del Rosario Taipe.



Aquí estoy yo, mientras era estudiante, con mi madre María del Rosario Taipe y mi hija.
Fotografía: Erika Rivera.

La vida cada vez es más veloz. Mucho más de lo que una cree. Suele pasar en el día tras día, mientras estamos imaginando nuestro futuro, trazándonos metas para alcanzar a lo largo de nuestras vidas.

Yo vengo de un hogar humilde, bien es cierto, pero lleno de confianza y amor. Soy hija de una mujer luchadora que sabía resolver nuestros problemas como también nuestras necesidades. Soy la quinta de cinco hermanos, en otras palabras “la guagua”.

Mis estudios primarios empezaron en la escuela Japón, que se encuentra ubicada en el sector de San Roque, que contaba en aquellos tiempos con un director de un gran corazón, pues me recibió en su institución con un cuaderno y un par de esferos, sin importar

que no tenía uniforme, ya que podía asistir con ropa de calle, aun sabiendo que el año lectivo ya lo habían comenzado tiempo atrás. En la escuela aprendí mucho, sobre todo cómo desenvolverte con lo poco que una tiene, sin importar ser señalada. La escuela me hacía sentir segura. En ella se priorizaba a los estudiantes, se adaptaban a las necesidades económicas de los mismos. Ahí también llegué a recibir el almuerzo escolar, que en ese entonces lo daban en las escuelas fiscales.

En cuanto a mis estudios secundarios, los cursé en el colegio femenino Diez de Agosto, con muchos anhelos de ir cumpliendo metas, a pesar de enfrentar muchas adversidades. Una de ellas era el aspecto económico. Mi madre tenía un ingreso no muy rentable, pues a lo que se dedicaba ella era a la venta informal, que requería de mucho trabajo, sacrificio, caminar largas distancias para poder vender su producto. Ese trabajo era muy mal remunerado, y con eso tenía que cubrir las necesidades de sus hijos. En cuanto a mí, personalmente, los gastos eran diarios. Cada año era como una travesía, especialmente para mi mamá, ya que era quien tenía que pagar matrícula, cuadernos, etc. y eso era el sacrificio de todos los días vendiendo. Yo tenía que estudiar, dar lo mejor de mí aprovechando las cosas que mi mamá me daba con tanto esmero. Con muchos sueños, alcanzar mi grado, verme con la capa de graduada, con la expectativa de llegar a la universidad, con diversas profesiones para poder elegir.

Yo, cuando terminé la secundaria pude palpar la realidad de más cerca, ya que tuve muchos obstáculos para ingresar en la universidad, siendo el factor económico un impedimento junto con otros más que sí he podido resolver con algo más de preparación. Bueno, a pesar de todo, ingresé en una universidad, tras quedarme un año sin estudiar. Ingresé en la Universidad de Guayaquil en Quito. Inclínada por la educación, opté por la carrera de Licenciatura en Educación Primaria. Mi madre fue quien me apoyaba en cada paso, con cada gasto que implicaba. Conocí nuevas personas, compañeros con más experiencia y de mayor edad que me ayudaron mucho.

Al mismo tiempo mi vida daba un giro de noventa grados, ya que cuando estaba por terminar mi primer año de universidad venía en camino mi primera hija, noticia que si bien era de gran felicidad, también era de responsabilidad, con nuevos intereses, nuevas luchas. Ya no solo era por mí, sino que ahora era por dos. Tuve algunos inconvenientes con el padre de mi nena. Para seguir cursando los demás años y culminar mi carrera universitaria debía hacer algunos sacrificios como realizar cuestionarios para mis compañeros, lo cual me

⁸ Nadia Ribadeneira acompañó el proceso de escritura y dibujo.

⁹ Cristina Vega acompañó el proceso de escritura.

pagaban y esto me servía para mi hija. El apoyo sin duda más fuerte durante todo el proceso universitario seguía siendo el apoyo de mis padres, quienes me impulsaban cada día que me hacían mirar la vida con más sensatez. También tuve apoyo de parte de mis compañeros, ya que cumplía dos roles: madre y estudiante. Había ocasiones que me tocaba llevarle a mi bebé y recibir las clases. Mis profesores me aceptaban y me permitían recibir las clases. Doy gracias a Dios por haber puesto en mi camino a personas geniales de buen corazón, quienes de una u otra manera me ayudaron.

Ahora, no solo era el sueño de terminar la secundaria o ingresar a la universidad. Ahora mi meta era tener un título profesional, el mismo que me podría ayudar a abrir caminos y realizarme como persona, hija y madre; sueño que lo fui puliendo cada día con temores, ilusiones. Trataba de dar lo mejor cada día, también buscaba el sustento económico con sacrificio, con una bebé en brazos, con deberes de la universidad que me tocaba hacer en las noches. Se podría decir que el poco tiempo que me quedaba lo dedicaba a mi hija, empezando la jornada desde las cinco de la mañana. Tenía que empezar dejando cocinando para mi nena, arreglando mi maleta, preparando la clase de exposición, viendo qué voy a realizar para tener ingresos económicos. Mi madre me ayudaba bastante cuidándomela a mi nena, a pesar de que ella tenía sus propios inconvenientes diarios al lidiar en el día a día con su venta, con días que no vendía y otros pues sí le iba bien, pero igual tenía gastos que cubrir.

Culminé seis años de universidad obteniendo mi título de Licenciada en Educación Primaria, sin imaginar que no sería fácil encontrar trabajo. Hoy en día me encuentro buscando trabajo, pero lo primero que me piden es experiencia. Esto implica un obstáculo, viéndome obligada a realizar otras actividades más sacrificadas y peor remuneradas. Por el hecho de ser mujer y no tener experiencia no me daban la oportunidad de un puesto. A mi parecer son obstáculos que el gobierno sí puede solucionar con cursos en experiencia laboral donde se reciba capacitación y así se nos abran oportunidades de trabajo.

✱ ✱ ✱



Yo con mi nieto, tuve que salir a vender a pesar de la pandemia.
Fotografía: Mariana Collaguazo, 2020.
Ilustración: Andrea Z. Rojas, 2020.

El cuidado y su resistencia Mariana Collaguazo y Doris Cofre¹⁰

El COVID-19 llegó a cambiarnos la vida un 16 de marzo del presente año. Nosotras, Doris y Marianita, madre e hija, desarrollábamos nuestra vida cotidiana con total normalidad. Yo (Marianita) vendía caramelos y Doris trabajaba en el hospital del IESS,¹¹ en el área de limpieza. Juntas, cuidábamos y manteníamos a nuestras familias. Ese mismo día nos llegó un aviso: al día siguiente ya no podíamos salir de casa porque había una enfermedad muy contagiosa, un nuevo virus que estaba matando a la gente. Sin creer del todo, le comentamos esto al resto de la familia y nos quedamos sorprendidas. Fue cuando comenzamos a ver noticias para informarnos mejor. Ahí nos percatamos de lo que verdaderamente sucedía.

Lo que más decían era: “¡Quédate en casa!”. Así lo hicimos. Pero ¿cómo podíamos quedarnos en casa, cuando nosotras teníamos que trabajar para mantener y cuidar a nuestras familias?, ¿cómo resistir a un gobierno que no sabe cuánta gente pobre existe o cuáles son las formas en que sobrevivimos?

Con cada día que pasaba, el virus traía más problemas y más dolor a nuestra vida. Lo más triste fue ver cómo nuestra familia y amigos fueron perdiendo sus trabajos y empleos en los primeros meses de pandemia, y cómo la salud de quienes más queremos se fue agravando progresivamente. Al respecto de nuestra salud, durante el encierro nosotras tuvimos muchos problemas. Por ejemplo, nuestra nieta y sobrina de cinco añitos sufrió un accidente en casa, se cortó el dedito de su manito. Este hecho, en extremo doloroso, no fue el único. Nuestras hijas y hermanas, respectivamente, también tuvieron problemas de salud. Una de ellas se quemó el rostro y parte de su cuello, a otra le detectaron cálculos en el riñón. Fue tremendo. Y lo peor era que no podíamos llevarlas a los hospitales, porque estaban muy llenos de gente, nos daba muchísimo miedo contagiarnos, y el manejo de la situación por parte del gobierno era terrible. A pesar de todo ello, salimos adelante gracias al cuidado que mantuvimos en nuestras casas. Con amor y ánimos logramos superar cada una de las dificultades.

Pero el gobierno nos seguía diciendo: “¡Quédate en casa!”, que nos iba a proveer de alimentos, salud, educación, bonos, etc. Y aunque muchos nos inscribimos, pronto nos dimos cuenta de que realmente lo que hizo fue dejarnos sin trabajo, en un caso de compleja injusticia. Albañiles, amas de casas, bomberos, vendedores ambulantes y muchos médicos

y profesores, son ejemplo de trabajadores que trabajan en sol y agua, y a pesar de ello no tienen los mismos derechos o salarios dignos.

Este gobierno, aprovechándose de la pandemia, sacó la mal llamada Ley Humanitaria, de la cual se sirvieron muchas empresas para despedir sin compasión a sus empleados, sin importarles que todos sus trabajadores tenían familias a las que cuidar.

Y aunque la pandemia era considerada una crisis de salud, el gobierno no aseguró la atención médica para todos. Hubo muchos muertos por falta de atención médica, y no solo debido al COVID-19 sino también por otras enfermedades catastróficas, que debido a esta emergencia fueron abandonados a su suerte. En medio de este escenario, lo más indignante fue ver los robos cometidos por funcionarios de gobierno, gente sin escrúpulos que en plena pandemia se aprovechó de la pobreza de las familias del país para lucrar a su beneficio.

El encierro no solo cortó nuestra libertad, también obstaculizó nuestra vida. Un simple ¡quédate en casa! bastó para que no podamos continuar con nuestras vidas, porque el problema no era estar en la casa, era que el hacerlo nos impedía hacer todas las cosas para mantener y cuidar a nuestros hijos y a nuestras familias. El problema tampoco era ser pobre, el problema era un gobierno que no toma en cuenta la realidad en la que vivimos los ecuatorianos, sobre todo los que vivimos del día a día.

Pero pese a todo esto ¡RESISTIMOS! Con nuestra sabiduría mantuvimos unidas a nuestras familias, las protegimos de todas las enfermedades que nos fueron cayendo, retomando recetas de nuestros ancestros basadas en el uso de plantas medicinales. Así cuidamos a nuestras familias en un momento en que el Estado no estuvo presente. Tuvimos mucha fuerza, nos organizarnos con amigas para buscar formas de sostener a varias familias de nuestra comunidad. Nos volvimos líderes, con el propósito de poder ayudar a otras familias en la misma situación que nosotras. Juntas buscamos alimentos, medicinas y seguir ganándonos la vida día a día. Nos cuidamos de esta enfermedad y de las malas políticas del gobierno, llegando incluso a recibir e impartir clases sobre cómo prevenir el contagio de este virus. Y así hicimos crecer una organización de amigas que se quieren, que se cuidan y que resisten juntas.

¹⁰ Heidy Mieleles acompañó el proceso de escritura.

¹¹ Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social.

Re-conocernos desde el cuidado de la vida

Nelly Molina y Juliana Centeno

Este trabajo colectivo se construye gracias al diálogo entre Nelly Molina y Juliana Centeno, dos mujeres distintas y desiguales que coincidimos en la experiencia de redistribución del cuidado en el Espacio de Wawas de Mujeres de Frente.¹² Hoy nos reunimos por medio de la virtualidad, desde nuestros hogares convertidos en trinchera, desde nuestras precarizadas condiciones de vida, perseguidas, sitiadas, vigiladas. Tras estos muros, hemos reflexionado sobre el cuidado de la vida partiendo de las prácticas cotidianas que la sostienen en nuestras comunidades.

Nos decimos mujeres distintas y desiguales porque tenemos experiencias diferentes. Una de nosotras es madre, ex-privada de libertad y vendedora autónoma; la otra es estudiante de la Universidad Central del Ecuador. Desde nuestras desiguales condiciones de vida, nos hemos encontrado, mediante el trabajo organizativo como forma de resistir al sistema capitalista, patriarcal y colonial.

Escribimos sobre el cuidado de la vida, porque nos parece un tema que marca nuestra cotidianidad. Creemos firmemente que las prácticas de cuidado sostienen la vida de nuestra comunidad y consideramos necesario visibilizar dichas prácticas como parte de una organización consciente, creadora, transformadora. Por esta razón, reflexionaremos sobre el cuidado como eje transversal de la vida, como ejercicio pedagógico y como forma de organización.

Cuidar como eje transversal de la vida

Preguntarnos cómo organizamos el cuidado de la vida en la actualidad no implica hablar únicamente del presente. Es necesario realizar un ejercicio de memoria que identifique las prácticas de cuidado como un elemento que ha estado presente en nuestra vida desde muy temprana edad. Este texto se construye a partir de una práctica política de memoria.

Las prácticas de cuidado aparecen en la vida de las mujeres empobrecidas desde la niñez y la adolescencia. Hacerse cargo de alguien es casi una condición para la construcción de nuestros sujetos femeninos. Esta imposición se ve acompañada de la violencia, el maltrato y el abandono.

Desde estas condiciones precarizadas de vida, muchas mujeres asumen el cuidado de familiares menores, personas con enfermedades y/o familiares de la tercera edad. A su vez, se ven obligadas a salir a trabajar de manera informal, expuestas a la violencia policial del Estado punitivo que persigue, amenaza y castiga las prácticas de la economía popular de calle.

La violencia del Estado punitivo se convierte en otro elemento transversal en la vida de las mujeres y las familias que viven de la economía popular de calle. Instituciones como la DINAPEN¹³ amenazan a muchas mujeres con quitarles sus hijos, convirtiéndose en entes moralizadores que castigan doblemente el quehacer de las mujeres empobrecidas, ya que las castigan por su “infracción” de participar de la economía de calle y por el hecho de ser madres.

En estas condiciones de precarización sistemática del Estado contra las clases populares, el cuidado de la vida cae sobre las espaldas de muchas mujeres que mediante su práctica diaria mantienen sus hogares, alimentan, bañan, visten y cuidan a sus hijos y organizan la vida de sus comunidades mediante la acción y la palabra.

A partir de la crisis de COVID-19, muchas desigualdades sociales se intensificaron dejando a estas mujeres y a sus tejidos familiares en una situación de olvido y al mismo tiempo persecución estatal. Estas experiencias han podido ser sobrellevadas gracias al fortalecimiento de los vínculos cooperativos y organizativos entre estos grupos familiares.

Cuidar como ejercicio pedagógico

Uno de los aprendizajes construidos en los talleres y escuelas de formación política es la posibilidad de reconocer nuestra capacidad de enseñar. Este reconocimiento implica pensarnos a nosotras mismas como constructoras y gestoras de conocimientos en nuestra vida diaria. Estos conocimientos se materializan por medio de la palabra y la acción.

Es necesario romper la premisa de que las prácticas de cuidado son una característica innata y natural de las mujeres. Aprender a cuidar no es una acción

sistemática y repetitiva, es un aprendizaje obtenido de diversos diálogos y observaciones con mujeres mayores. Estos diálogos de saberes y prácticas son posibles gracias a la creación y sostenimiento de vínculos familiares, vecinales y comunitarios entre mujeres.

Es necesario mirar las prácticas de cuidado desde su complejidad. Los cuidados no se limitan a las actividades de atención de una persona a otra, puesto que cuidar la vida conlleva todo un trabajo de sostenimiento de condiciones básicas como vivienda y acceso a servicios básicos. También requiere el trabajo de organización, gestión mental y contención emocional que permite organizar la vida cotidiana y evaluar nuestro quehacer diario para mejorar nuestras condiciones.

Cuidar es dar ejemplo. Al reconocer nuestra capacidad de enseñar, reconocemos el valor de nuestra práctica encarnada. Reivindicamos las prácticas de cuidado como acciones con alto potencial transformador. Encarnamos el ejemplo en nuestro quehacer cotidiano que sostiene la vida de nuestras comunidades en medio de la precarización como forma de gobierno.

Cuidar como forma de organización

Hemos reivindicado el cuidado de la vida como un eje que atraviesa y articula nuestras vidas y como un ejercicio pedagógico que se materializa mediante el ejemplo. Finalmente, reconocemos las prácticas de cuidado como un elemento necesario para la organización política de nuestras colectividades.

Es necesario desmentir la falsa dicotomía moderna occidental que separa tajantemente la esfera pública de la esfera privada, dejando el trabajo doméstico y de cuidado relegado a lo privado. Las prácticas de cuidado son dinámicas y se desplazan por donde van sus gestoras, por ende las problemáticas del cuidado de la vida no pueden ser tratadas desde lo personal y lo íntimo, sino desde el interés y el trabajo común.

Frente al papel ambivalente del Estado, de abandono y persecución, creemos en la posibilidad de gestionar el cuidado de nuestras comunidades de manera autónoma, puesto que hemos sido víctimas de la violencia policial y del abandono de las instituciones de salud y educación pública. Por estas razones, realizamos una crítica al Estado neoliberal, a la par que construimos una serie de propuestas para transformar las condiciones de vida de nuestras comunidades.

Reconocernos desde el cuidado de la vida implica reivindicar el potencial transformador de nuestro quehacer diario, desde el cual podemos analizar nuestras condiciones y situaciones diversas, nuestros malestares y demandas para construir otras formas de organización y redistribución que nos permitan sostener los cuidados de la vida en condiciones dignas. El reconocimiento de las prácticas de cuidado es posible mediante la creación de relaciones y vínculos sociales libres de violencia y miedo, donde sea posible decidir sobre la organización de nuestras vidas.



Ilustración: paO viteri.dávila, 2020.

¹² Espacio de redistribución del cuidado diario de niños, niñas y adolescentes que Mujeres de Frente sostiene en La Casa de las Mujeres en Quito.

¹³ Dirección Nacional de Policía Especializada para Niños, Niñas y Adolescentes.

Los cuidados en cada momento de mi vida

Yolanda Guaján¹⁴

A lo largo de mi vida he ido cambiando y aprendiendo nuevas formas en las que he cuidado de mí y de mis hijos porque desde muy pequeña me tocó dedicarme a cuidar. A mis quince años decidí salirme de la casa por mucho maltrato familiar. Mi papá nos pegaba a mi mamá y a mí sin ningún motivo. Siempre nos insultaba. Yo vivía en un mundo de temor en mi niñez. Esta fue la primera experiencia de crianza que tuve que vivir. Aprendí a cuidarme sola.

Fue una gran responsabilidad que siendo tan joven tenía que llevar mi hogar. Al mismo tiempo sentía mucho temor y miedo de cómo lograr salir adelante. No tenía el apoyo de mi familia, no sabía cómo sobrevivir. Para mí, vivir sola implicó trabajar y tratar de ganarme mis cosas sola, de cualquier manera. En aquellos momentos de desesperación no hubo nadie que me ayude. Vivir sola me hizo entender que la vida era la supervivencia cotidiana. Para todo requería dinero y aun así prefería vivir las dificultades de la calle, que seguir soportando el maltrato de mi papá.

Fue en ese momento, por la necesidad de mantenerme que empecé a conocer gente que me orilló a la “mala vida”. Empecé a robar y a vender drogas. Era la única oportunidad que fui capaz de ver. No tenía una casa, no tenía alimentos y no había nadie que cuide de mí. Cuando decidí irme de mi casa aprendí a resistir y a sobrevivir. Mi vida se convirtió en la lucha constante por un día más y me impidió hacer otras actividades como estudiar o practicar deportes.

Poco después de irme de la casa de mi madre, a los quince años, tuve mi primer hijo. Hoy ya tengo cinco hijos. Pasé de cuidarme solo a mí, a cuidar y preocuparme de muchos. La cantidad de trabajo y tiempo que les dediqué a mis hijos para cuidarlos aumentó. Además, cada día necesitaba más dinero, nunca tuve apoyo ni para el pañal, ni para la leche. Tampoco tuve con quién compartir mis dudas, los problemas que ser madre me traía. Tampoco tuve quien me ayude a educarlos. Siempre tuve que ver por mis hijos sola. Cada día crecían las necesidades. Por esa razón continué con la venta de droga.

De vender droga, estuve dos veces encerrada. La primera vez fue a los diecisiete años cuando entré a la correccional, luego ya adulta entré a la prisión. Mi vida y la vida de mis hijos cambió. Yo personalmente sufrí mucho. En la correccional nadie respetó que era menor de edad y los guardias abusaban de su autoridad. Sufrí mucho maltrato. Me pegaron, no tuvieron para nada compasión; de hecho, quisieron hacerme pasar por mayor de edad para aumentar los días de mi condena.

Me costó mucho cuidar de mis hijos, todo fue muy complicado. No podía estar junto a ellos, no sabía cómo estaban, si enfermaban, no tenía noticias de ellos. Sin embargo, desde mi encierro seguí estando para ellos, seguí siendo la que los mantenía, desde la distancia me aseguraba que se encuentran bien, que nada les falte. Estando encerrada tuve que encontrar otras formas de ganar dinero para pagar las cosas que necesitaban mis hijos afuera. Empecé a trabajar lavando ropa de mis compañeras, haciendo actividades en la cocina, fui encontrando otras alternativas para generar ingresos.

Cuando salí, sentí la necesidad de aprender a convivir y conocer más de ellos. Como coincidencia llegó la cuarentena que yo aproveché para que sea un tiempo de reconciliación con mis hijos, un tiempo para poder enseñarles la vida de manera distinta. Y les pude dar más tiempo mío, como nunca lo había hecho porque el trabajo y el estar cuidando de todos a la vez me lo impedían. Hoy continúo cuidándolos, cada día aprendo un poco más sobre cómo cuidarlos y cómo cuidarme a mí misma.

Hay que luchar para no morir de hambre

Alejandra Escarleth¹⁵

Desde muy niña estuve trabajando. Crecí, llegué a tener hijos que se criaron, tuve nietos, trabajé. De todo, de todo, de todo. Con mi hermana siempre vivimos juntas, ella paga el gas, la luz, el agua, yo pongo la comida. Para el arriendo, mi hijo Jaime, mi hermana y yo ponemos la plata juntos. Hay ocho bocas a las que hay que dar de comer en la casa, estamos con mis cuatro nietos y mis dos nietas, y a los guaguas no se les puede matar de hambre.

Trabajé primero en quehaceres domésticos, vendí periódicos, drogas, reciclé botellas, trabajé en un puesto del Mercado Central, lavé ropa, cuidé carros. Nunca nos hemos muerto del hambre, mi hermana y yo, bien uniditas, siempre hemos trabajado. Póngase, para vender papel higiénico. Al principio éramos novatas, no sabíamos cómo coger, dónde coger. Llegó un momento que ya nos hicimos. Pero cuando a una persona le ven humilde, entonces siempre le marginan, le silban, le estafan, le olvidan.

Por vender caí tres veces. Cuando una entra ahí, todo queda atrás, todo queda afuera. Es como vivir en un submundo, en un cementerio de mujeres vivas. Cuando caí por primera vez, mis hijos eran chiquitos. Se quedaron con mi hermana y mi primer hijo. Ni siquiera sabía cómo vivir en una cárcel. Pero se aprende. Porque ahí se aprende todo. Primero aprendí con un guía que pasaba trago, luego aprendí a prestar plata. Esto se llama "escuela". Así empecé a mandar plata para los cumpleaños y ayudaba a mi hermana. Luché para cuidar a mis nietos adentro, el más chiquito solo quería estar conmigo, y así mi hermana podía seguir vendiendo periódicos. La segunda vez cambié mi nombre en el parte policial a cambio de unos aretes y un reloj para no quedarme adentro tanto tiempo, me quedé en la INTERPOL¹⁶ y luego en la cárcel. La tercera vez me hice la loca, dije que la droga era para mí, que yo me drogaba y tomaba para que no me sentencien como traficante. Gracias a Dios me dejaron libre y me prometí no volver a vender. Entrar es muy fácil, pero salir es más complicado, hay muchos partes, mucho papeleo. Y cuando sales te tratan como delincuente. ¡Los traficantes no somos delincuentes!

Encontré un trabajo en un puesto del Mercado Central, de lavar los vasos. Ganaba cinco dólares diarios, entraba a las seis y media de la mañana y salía a las cuatro de la tarde. Pero el vicepresidente del mercado, como sabía que vendía drogas, me hizo mandar de ahí. En el 2018, con mi hijo Jaime cuidábamos carros. Él cuidaba su cuadra, yo la mía y así trabajábamos. Trabajábamos bien, no ganábamos lo suficiente pero siempre para ponernos un pan a la boca, y ahí había una señora que nos regalaba compras. Por octubre, no sé por qué ni cómo vino un señor policía en moto. Me pidió mi nombre, el de mi hijo, el número de cédula que no di. Seguimos trabajando con mi hijo pero volvió y le quitó el puesto primero a mi hijo, luego el mío. No quería que trabaje, según él nosotros estábamos haciendo quedar mal a la cuadra. Yo dije: “¿Por qué?, si estamos trabajando bonitamente”. Esto nos hizo quedar en el piso. En esta selva de cemento hay de todo animal, como se dice.

Cuando vino la pandemia, se nos unió el cielo con la tierra. Dije: “Yo no les voy a matar de hambre a mis guaguas”, y la verdad es que me iba a poner a traficar, pero dije “No, Dios perdóname, si algo me pasa, ¿con quién quedan mis niñas?”. Mi nuera, que vendía mascarillas y guantes, me dijo que coja chaleco y venga a cuidar carros. Ya me cayó para el pan. Madrugaba a las cinco, venían los policías y nos hacían retirar pero ya así algunos me iban pagando hasta yo correr. Entendí que esto no se iba a acabar nunca. Empecé a lavar ropa de una señora, la traía donde yo vivo y la lavaba. Me hacía la loca para que el dueño de casa no se dé cuenta de qué trabajaba, porque en pandemia no se puede pagar todo el arriendo. Ahí mi sobrino que vive por La Tola nos llamaba para una cosa o para otra. Y nosotras íbamos y veníamos, íbamos y veníamos, caminando, pero con el temor de la enfermedad.

Toda la vida he trabajado, dejar de trabajar de la noche a la mañana no se puede. Si hay un pan en una taza de café, aunque sea gota a gota, vamos a salir adelante de todo este susto, de esta miseria. Porque es una miseria.

¹⁴ Heidy Mieleles acompañó el proceso de escritura.

¹⁵ La autora, abuela de Alejandra y Escarleth, elige firmar con estos nombres. Typhaine Léon acompañó el proceso de escritura.

¹⁶ Organización Internacional de Policía Criminal.

Me duele esta vida

Elizabeth¹⁷

Yo lo que quiero es que la gente entienda, que no juzgue, que entienda, uno cae preso por muchas razones. Uno, tal vez sin querer. Otro, quizás se acostumbró a esa vida. Por diferentes causas. Porque hay muchas historias, ¿no?

Pero yo pienso que hay soluciones. Por ejemplo, que el Estado se preocupe un poco más, que invierta en el sistema carcelario. El sistema es empobrecido de todas las formas. Imagínate, uno está preso y aprende más cosas. A veces se daña el corazón y sale con ganas de hacer más cosas. Otros, realmente sí, quieren dejar esa vida. Si nos dieran una verdadera rehabilitación... Pienso que no es un gasto en vano porque están rehabilitando personas que van a aportar al Estado. Yo ya no voy a robar, voy a tener un trabajo, el que da el trabajo va a mejorar su empresa.

Cuando yo caí presa yo decía: “Nunca más voy a robar”. Pero vos sales a comerte el mundo, a empezar de nuevo y qué sorpresa, ni bien sales de la puerta, no tienes cómo llegar a tu casa. Ni un centavo. Te buscas los medios para llegar. Llegas a tu casa y ves lo empobrecidos que están tus hijos. Sin zapatos, sin ropa... que la casa, que la luz, que el agua, que el colegio. Y coger todo eso. Yo ya vi y dije: “¿Y yo ahora, cómo empiezo?”. ¿Cómo empezar de cero? Vas, buscas empleo y ya, te metes en el internet, te salen los antecedentes. Y no, como ya tú eres una persona con antecedentes, estuviste presa. Cerradas las puertas. ¿Quieres vender en la calle? Que la policía no te deja vender. Tienes que tener un puesto, un RUC,¹⁸ que yo no tengo las posibilidades de sacar. Entonces, la desesperación, ¿a qué te lleva? Otra vez a delinquir. Y eso ya es pura costumbre, una vez más y ya, una vez más y ya. Mentira. Eso no acaba, no acaba.

Y vuelves a estar a veces presa. Y todo lo que gastaste. Gastas el tiempo de tus hijos, que se quedan solos. Gastamos nuestras vidas, entre cuatro paredes. Yo estoy de acuerdo de que a los presos nos hagan trabajar. Porque somos personas que nos acostumbramos a donde nos toca estar. Estando presos nos acostumbran a trabajar, a aprender, a estudiar, a coser, a cocinar, a talleres. Nos vamos a acostumbrar a ganarnos nuestro sustento. Entonces vamos a tener las herramientas para cuando llegue el momento de salir. Lo esencial es un trabajo. Porque mientras yo estoy presa puedo generar ingresos, para mí, para mi familia y para el

Estado, porque se les puede dar un porcentaje. Y salir con un trabajo, para no pasar las mismas necesidades. Con psicólogos aptos para nosotros. Yo esta vez fui acosada sexualmente, acosada por mi psicólogo. Y llegan las denuncias. Y nunca nadie hace nada. Yo no sé si la gente llega a trabajar y luego se transforman y se hacen duros de corazón o realmente son malos elementos. Yo pienso que si yo trabajo en una cárcel es porque me gusta y quiero ayudar. Si nos dan una buena terapia, realmente hacen un buen seguimiento, no solo va a cambiar el sistema carcelario, va a cambiar todo el mundo. Vamos a ser más humanos. Las personas juzgan, solo señalan. No se dan cuenta de que todos pecamos. Tal vez pecamos de diferentes maneras, pero todos cometemos errores. Quien está cogiendo sobornos, también es delinquir y también está haciendo algo mal. Yo estoy juzgando, señalando a mi prójimo, también es un pecado, también es algo malo. Las personas ven lo de los demás, en lugar de ayudar. Lo que hacen es señalar.

En mi caso, fue duro. Cuando yo fui a la cárcel mis hijos eran pequeños. Fueron a parar a un Hogar, porque yo no tengo ni mamá, ni papá, ni nada de familia. Si quieres recuperar a tus hijos tienes que tener trabajo, vivienda. Yo caí en desesperación y dije: “Y ahora, ¿cómo les recupero? Si no tengo ni dónde vivir”. Es un sistema que te obliga a volver a hacer algo.

Cuando yo salí, yo tenía tantos planes. Un año estuve esta última vez. Yo dije: “Voy a coser, voy a estudiar, voy a hacer tantas cosas”, tenía en mente. Justo me cogió la pandemia. Esta vez no perdí a mis hijos. Yo estuve tres veces presa. Las otras veces les recuperé volviendo a delinquir, para decirles a los servicios sociales: “Vengan, aquí es mi casa, este es el cuarto de ellos, luz, agua”. Porque si no, no me entregaban. “¿Trabaja?”. “Sí, vengan”. Ellos no averiguaron mi trabajo, pero si fueron a mi casa. Vieron que tenía las cosas necesarias, el internet, una cama donde dormir cada uno, pero ellos no preguntan de dónde.

Esta vez tuve suerte porque tenía a una persona que me acompañó en el transcurso de estar ahí. Me ayudó económicamente, moralmente, pero igual, mis hijos quedaron solos. Gracias a Dios uno se graduó, los otros están estudiando, no se dañaron. Yo tengo cinco hijos y de todos, el segundo se fue de la casa, está preso por ahora, y qué duro salir y ver que uno

se te va de las manos. Yo no quiero esa vida para mis hijos. Yo me desespero porque mi hijo ahora está allá, en el correccional, pero yo sí voy, hablo con el psicólogo, con los servicios sociales. Les pedí que le hagan estudiar, que aprenda carpintería y cosas así. Ellos se criaron conmigo y se criaron duros. Yo no tuve una mamá que le diga: “Mamá, cuídales” o “Papi, ayúdeme”. Sola. Y yo les hago ver esas cosas.

Yo creo que a veces soy una soñadora. Digo, si se pudiera hacer algo por todos, por todos los presos. Yo me crié en la calle. Yo sé lo que es dormir en el terminal, yo sé lo que es a veces pedir dinero. Yo sé lo que es estar cargando un bebé y no tener dónde dormir y dormir en la calle. Muchos ultrajes, tantas cosas que pasé de niña, ¿no? Y yo no quiero que ellos pasen eso. Yo como madre puedo tratar de enseñarles, puedo enseñarles algunos valores, pero a veces también se me cierran las puertas. Mis hijos, cuando yo estuve presa tuvieron que ir solos al colegio y, lastimosamente, averiguan dónde está la mamá y también contra ellos es el rechazo. Algún problema: “El joven tal ha de ser”. ¿Por qué? Porque la mamá está presa. No se dan cuenta de que ellos son buenos muchachos, que ellos necesitan oportunidades, pero también cogen el rechazo de los padres. Mis hijos son muy buenos muchachos. Yo sé que el segundo va a rectificar su vida. Han aguantado tantas cosas también. Yo hablo también por todas, ¿no? A veces está presa la mamá

o el papá, a veces los chicos están en desesperación por no tener a los hermanos qué darles de comer ¿A qué les obliga?, a ir a la calle. Entonces es ahí donde deberían arreglar esa infraestructura, que es familiar, con un buen seguimiento, que nos ayuden. A todas.

Ahora, verás, trabajo ahora no hay, no hay para tantas personas, peor para una persona que ha estado presa. A veces me he puesto a vender comida, comprar cosas y volver a vender. Así, moviéndome. Por lo de la pandemia hay que esperar. Me toca ponerme un negocio por mí, para mí. De que me den un trabajo, no. Lo dudo. Yo tengo unas máquinas de coser. Quiero conseguirme una señora que sepa cortar. Y quiero ponerme a hacer blusas, licras y blusas. Estoy pensando cambiarme de casa para tener un lugar más amplio. Me falta para la materia prima, la tela, los hilos. Hasta eso quería ponerme un local pequeño de comida. Como ahora hay a domicilio, lo que yo tenía invertido me compré un carro. Entonces yo voy y dejo a domicilio la comida. Pero cuando yo me cambie de casa y ya tenga el espacio y el dinero para la materia prima, y conseguir a la señora... Claro que no es de un día para otro, va a llevar tiempo. No soy yo, es a nivel mundial, que estamos empezando, pero lo tengo en la mente. Y todos los días me digo que lo tengo en la mente. Voy a hacer esto, y voy a hacer esto otro. Ya llegará la oportunidad y el momento adecuado. Yo no quiero estar presa, me duele esta vida.



Una mujer privada de libertad permanece en su celda en la Casa de Confianza de Chillogallo. En este centro de reclusión se encuentran mujeres en estado de gestación o con niños menores de tres años.

Fotografía: Johis Alarcón, Quito, 2017.

¹⁷ Cristina Vega acompañó el proceso de escritura.

¹⁸ Registro Único de Contribuyentes de Ecuador.

Escuchando las reflexiones de Elizabeth

Cristina Vega

Cuando le pregunté a Elizabeth, ella me dijo así: “¿Cuál es la razón de contar una historia, mi historia en una revista? ¿Qué me gustaría? Pues que la gente entienda”. Mucha gente que ha pasado por las prisiones ha de contar su historia y en cada relato se replica la necesidad de sacudirse el juicio, el señalamiento que se da cuando una ha pasado por la cárcel. Arrancarse la etiqueta y arrancársela a los hijos, que también la sufren, anima las reflexiones de Elizabeth. La idea y el motivo salen una y otra vez, con distintas palabras, con distintos énfasis. Y es que la cárcel le marca la vida a una.

Yo sé que narrar no es fácil. El contar duele y son muchas las memorias que afloran. Yo sé que Elizabeth se emocionó, mientras yo pensaba: “Con tanto que contar, lo que deberíamos estar haciendo es una historia de vida”.

Lo que me impresiona de Elizabeth y de las que salen de prisión, es la claridad con la describen un movimiento circular, que es el que les conduce a delinquir una y otra vez. Más allá de moralismos, porque no es la moralidad del buen o mal comportamiento lo que se juega, la necesidad y la falta de oportunidades acaba haciendo que muchas transiten del pequeño delito, casi siempre relacionado con tráfico, a la cárcel una y otra vez. Me impresiona esa claridad, ese desapego al relato moral. La necesidad y el delito aparecen unidos en una sociedad tan desigual como la nuestra, y cuando se tienen hijos, esa necesidad tiene nombre: cuadernos, útiles, arriendo, servicios, alimentos... responsabilidades.

Cuando escucho a Elizabeth hablar de la “verdadera rehabilitación”, no dejo de ver un exceso de optimismo, quizás expresamente dedicado a la entrevistadora. Yo entiendo a lo que apunta, y es a que por algún lado habrá que romper ese círculo infernal que va de la necesidad al delito, del delito a la prisión y vuelta a empezar. Alguien tendrá que romperlo, y no es el eslabón más débil a quien corresponde, creo que me está diciendo. Nosotras también aportamos, también podemos aportar. No somos un cero a la izquierda, nuestras vidas y nuestros sueños aportan e importan, escucho en sus palabras. Pero no deja de ser optimista imaginar que el Estado, que de mil formas alienta la pobreza y la economía ilegal e ilegal, vaya a considerar otros aportes para los sectores que integran la parte más baja de esta lucrativa economía.

La idea de una “auténtica rehabilitación” se torna difícil y, en todo caso, ésta debería producirse no en la prisión, sino fuera, no entonces, sino antes. Antes del encierro y del castigo. Mucho antes de la pobreza, de la mayoría de edad, antes del desplazamiento, mucho antes del trabajo mismo en las calles. Antes del nacimiento y de haber sido arrebatadas, no solo de oportunidades, sino de cosas más concretas: educación, salud, tierra, vivienda, educación, integridad corporal y vital, vínculos de sostén. Antes de que exista el sistema que conduce a las personas empobrecidas a buscarse la vida en la ciudad. Porque como Elizabeth explica, la cárcel es tan solo un lugar y un tiempo en una cadena de posibilidades truncadas en las que persisten los sueños.

“A veces se daña el corazón...”. Elizabeth tiene cinco hijos y parece haber estado en todas partes y haber conocido a mucha gente. Cuando nos encontramos por la videoconferencia me parece joven. La veo con su carrito lleno de gente, ajetreada, la veo en su casa con alguna amiga. Ha estado tres veces en prisión y justo salió una semana antes de que nos confinaran. Qué lástima que no podamos conversar tranquilamente frente a frente. Siento sus heridas y, en realidad, tendría tantas cosas para preguntarle a partir de sus historias.

La cárcel deshumaniza. La vida se degrada y conservar la humanidad acompañada es ya una gran pelea y una gran victoria. Los hijos son su común, su pedazo de tierra, si no firme, sí propia y llena de afectos y proyectos. Andrea dice que el dilema de muchas Mujeres de Frente es la maternidad, porque es en los hijos donde se juega el futuro y el cambio, también se juega el límite impuesto y la culpa. La maternidad es un pie a tierra. Es lo empuja a tirar hacia delante.

Lo que me gusta de las historias de Elizabeth, además de la falta de esa moralidad densa y pesada que atraviesa la sociedad quiteña que se topa, sin quererlo, con las cárceles y los mundos callejeros, es la actitud abierta y sin complejos. Nada de disculpas, ni de humildes agradecimientos, nada de dudas o sentimientos de inferioridad. La palabra y la historia, en ella, se hacen poderosas.

Las preguntas que cargo en la pandemia

Rebeca Guaján¹⁹

Una pandemia sin cura llegó para quedarse y nos obligó a todos a tomar medidas fuertes. El aislamiento y el distanciamiento social hicieron que se acabaran las salidas fuera de casa y quedaran en el olvido los gestos de afecto y los abrazos. Para nuestra familia ha representado un momento de intenso cuidado, en el que reconocemos que a veces la hemos visto muy difícil.

Es una situación agobiante el no poder salir y vivir siempre con incertidumbre, peleando con los pensamientos negativos que se acercan a preguntarnos: ¿será que vamos a enfermarnos?, ¿cuándo?, ¿será que nos van a atender si enfermamos?, ¿será que volveremos a salir?, ¿será que habrá trabajo para sostenernos?

Juntos, hemos tenido que lidiar con la ansiedad, la incertidumbre, el estrés. Los niños han tenido que enfrentar el cierre de sus escuelas, la suspensión de eventos y la separación de sus amigos y profesores. Para ellos también ha sido difícil. Ellos también sienten miedo y temor de lo que pasará mañana. Tengo un hijo de tres años, uno de cinco, otro de diez y uno de trece y me pregunto: “¿Qué pasará con ellos?, ¿lo entienden?, ¿cómo lo procesan?”.

Con tantas preguntas en el cuerpo, salgo a trabajar todos los días, porque la vida no quiere parar en medio de esta pandemia.



Ilustración: paO viteri.dávila, 2020.

¹⁹ Vanessa Beltrán y familiares de Rebeca acompañaron el proceso de escritura.

El problema es que dependemos del sistema de salud pública para cuidar

Yolanda Terán y Verónica Tibán²⁰



Recuerdo de cuando mi hija salía de su terapia para aprender a caminar, en el hospital Eugenio Espejo.
Fotografía: Verónica Tibán, 2019.



Mi cumpleaños hace dos años atrás. Es un lindo recuerdo de mis treinta y tres años.
Fotografía: Yolanda Terán, 2018.



Con mi hija.
Fotografía: Yolanda Terán, 2020.



Regresando de un chequeo médico de mi hija.
Fotografía: Verónica Tibán, 2019.

Como un balde de agua fría en la cara

Yolanda: Soy madre soltera de cinco hijos, es bien duro. Primero fue mi papá. Él falleció de un infarto al corazón, y aparte le dio un derrame cerebral. Mi mamá recién murió hace un año. Les cuidé y acompañé. Y ahora mi hermano tiene esquizofrenia y VIH. Sobre esto tengo a mi hija que está embarazada, es un embarazo bien riesgoso porque ella recién tiene dieciséis años y una anemia aguda. El riñón de mi hija no está funcionando bien. Mi hijo no habla bien porque tiene frenillo y en la pandemia le salió sangre al oído.

Verónica: Para mí fue algo nuevo porque nunca había tenido una persona enferma en casa. “¿Ahora qué cambios hago en mi casa?”, pensaba. Porque eso de cuidar a un paciente cambia totalmente tu forma de vivir. Y luego en tu casa va bajando el ingreso económico. Primero fue Jenny, mi sobrina, que cogí en mi casa, que le operaron del oído y no tenía dónde ir. Eso me preparó para Jamilé, mi hija, que se le explotó una vena del cerebro. El hospital es como tu segunda casa.

Lo más difícil es entrar al hospital

Y: Cuando mi papá falleció, le cogí a mi mamá a cargo y me la llevé a Quito. En el centro de salud me ayudaron, le atendieron ahí, vieron que la presión era alta, pero le dijeron que le iban a mandar para el hospital: “Nosotros le vamos a dar el turno para el hospital Eugenio Espejo, pero veré, no le vamos a agendar para ahorita ni para mañana. Usted tiene que esperar a que le den el turno”. Y le mandaron a tomar paracetamol y para la presión. Yo esperaba el turno, iba todos los días. Me decían: “A ver señora, todavía no está el turno, no le llamamos porque todavía no está el turno, si nosotros no le llamamos a usted es porque no está todavía”. Bueno así pasé como unos quince días. Yendo así, pasando un día, pasando un día. Hasta esto, mientras pasaban estos quince días, yo le llevé a mi mamá donde un sobador, que vive ahí por El Camal, un viejito que soba. Fue solo el inicio. Y mi mamá fue llegando al extremo que fue perdiendo el habla, ella ya no reconoció a nadie. Ella murió a los tres años que mi papá falleció. Pero yo por mi parte toqué tantas puertas, unas que me decían que espere, otras que me decían que “ya va”, “para el carnet venga tal día”. Venía al subcentro de salud de allá, me decían que como yo vivo en el sur tenía que ir a Chimbacalle. Allá me decían: “Hoy el doctor no está, venga mañana”, y el día siguiente “¿Sabe qué? Ya le doy una mala noticia, que el doctor salió de vacaciones, venga después de quince días, o venga después de una semana”. Entonces, iba después de quince días y me decían “Es que ahorita no hay sistema, no tengo material”. Me duró tanto tiempo que un día me dicen: “Bueno ahora sí hay pero necesitamos que venga su mamá, para hacerle los exámenes”.

V: La primera vez fue cuando mi hermano me llama de la cárcel y me dice: “¡Ñaña, mi hija se va a morir!”. Le digo “¿Cómo se va a morir!, ¿dónde está?”. “En el Baca Ortiz,²¹ ñaña”, me dice. Yo voy al Baca Ortiz y me esperaban ¡seis policías! “¿Usted es la señora Verónica Tibán?”. Yo digo “Sí”. “Señora usted queda detenida -dice-. La niña está súper mal, usted es la tía y usted tiene que responder por la niña”. Yo pensé en mis hijos. Yo viví tres meses en el hospital con mi sobrina antes de acogerle en mi casa. Luego, cuando mi hija se desmayó en la casa de su amiga, la llevé en taxi al hospital Pablo Arturo Suárez: “Ayúdeme, mi hija no tiene... ¡no abre los ojos, no puede pararse!”. Entonces la que toma los signos vitales dice: “¿Qué droga le dio?”. “¿Cómo le voy a dar droga?!, ¡si es mi hija!”. “Entonces está embarazada”. “No está embarazada”. “¿Entonces qué le pasó?”. Le digo “Se desmayó”. “¡Ah... ¿y cómo?!”. “Ay -entonces yo decía- ¡ayuda! ¡Mi hija no se puede parar!”. “Sí señora, pero es que están en la lista muchas personas más”. Le digo “Ellos están vivos, ¡mi hija no puede pararse!”. Y solo me dijo “Señora, tranquilícese. A su hija ya le van a atender”. Tuve que parar a un médico para que le atiendan. Le entubaron todito, me dijeron que estaba en cama, que iba a morirse, que tenía diez minutos para llegar en ambulancia al Eugenio Espejo.

Dicen que les cuidan pero es mentira

V: Los médicos dicen que les cuidan, pero esto es mentira. Muchas veces yo no me fui a dormir al hospital y al otro día voy y me dice: “Mamita, no me bañaron, porque tú no estás a mí no me bañaron”. En el mismo hospital tienes que ir a atenderles a tus hijos. Porque, como ellos dicen “Somos doctores no somos la mamá”. Como ya no tenía plata, comencé a salir a vender, pero así mismo me iba donde Jamilé, a verle, a cuidarle. A veces me decía “Mamita no te vayas porque aquí hay un doctor malo, él me pega”.

²⁰ Typhaine Léon acompañó el proceso de escritura.

²¹ Hospital pediátrico público de Quito.

Y: Cuando logré llevarle a mi hermano al centro psiquiátrico del Puente 7 me dijeron: “Mija, con el dolor del alma, su hermano tendrá que ser ingresado”. Ahí le cogieron a mi hermano, lo ingresaron. Era muy duro porque nunca me imaginé llevarlo al hospital, era un lloro mío dejarlo así porque recién había perdido a mi papá, había perdido a mi mamá, y ahora ver a mi hermano así, era duro, duro. Yo fui el siguiente día, pero no me dejaron verlo. Dijeron que no lo podía ver porque estaba recién ingresado y que si me veía él se iba a alterar, se iba a poner más violento. Me dijeron que estaba con anestesia. Tres días después fui. Ahí me dejaron verlo. Pero mi hermano estaba muy diferente, como que no me hablaba, le habían puesto mucha anestesia o mucha cosa para dormir no sé, porque estaba con la boca abierta, como que babeaba. Después de los quince días, estaba mal, mal, mal. Pregunté por qué estaba babeando, porque antes no babeaba, repitieron que era efecto de las pastillas. A los tres meses llegaron mis hermanos, siempre tenían cosas que hacer, pero mi hermano estaba amarrado a la cama. Lo sacamos de ahí, y solo gracias a unos contactos logramos hacer que le cuiden para que pueda volver a vivir bien.

El hospital es nuestra segunda casa, pero en pandemia no podemos ir

V: Justo antes de la pandemia me dijeron: “Señora le vamos a tener que operar porque la infección ya está bien avanzada, porque está infectado todito el oído, con pus, con sangre”. Esperamos tres días con Jenny en emergencias hasta que se libere una cama. De ahí perdieron una radiografía. Le iban a operar el día siguiente pero ya entramos en pandemia. Todavía ella no puede acercarse al hospital, y sigue con la medicación. A mi hija Jamilé le faltan doce sesiones de rehabilitación, pero toca esperar. Todavía no dan turno, y cuando vuelvan a dar, habrá mucha gente pidiendo.

Y: Mi hermano tiene tres meses sin hacer su consulta periódica en el Puente siete. Pero yo viajo cada rato para ir a recoger su medicina en el hospital de Ventanas, donde vive. Él no se puede acercar al hospital porque es bien delgadito. Sí, ha sido duro, duro, a veces vamos mal, a veces vamos bien, pero seguimos compañera.



Ilustración: paO viteri.dávila, 2020.

Los tres tumores que no permiten sanar

Luz María Gullán²²



Ilustración: Luz María Gullán, 2020.

Yo, Luz María Gullán, tengo treinta y cinco años de edad y trabajo como comerciante ambulante. Durante el día cargo y recorro las calles del Centro Histórico. Doce horas de andar, gritar y vender para poder alimentar a mi familia. Llego a casa con dolor, agotada, con falta de aire, con mi voz desintegrada. Hablo ronca y las personas piensan que tengo COVID-19. Lo que no saben es que estoy perdiendo mi voz debido al cáncer de tiroides que me diagnosticaron y que llevo cinco años, cuatro centros de salud, dos hospitales, cientos de exámenes e innumerables citas médicas intentando buscar tratamiento adecuado.

Me di cuenta que algo no estaba bien al momento de hablar afónica y sentir dolor en la garganta, entonces, decidí acudir al sistema de salud. Fui primero al centro de salud más cercano, por El Panecillo, donde me dijeron que tenía un simple resfrío de pulmón. Me recetaron pastillas y por un tiempo corto mejoré. Sin embargo, esta mejoría duró solo hasta acabar aquellos medicamentos. Poco después, volví a hablar afónica y el dolor comenzó nuevamente. Decidí buscar atención en otra clínica para una segunda opinión. Una amiga me recomendó la clínica Martha Bucaram por el Centro, donde pedí que me hicieran una tomografía para ver qué me pasaba. Al escuchar mi solicitud, el médico se rió: “De gana vas a gastar dinero, toma esta pastilla, tú no tienes nada”. Sin más consideración, me recetó unos medicamentos y me mandó a la casa pastillas que supe después costaban apenas diez y veinticinco centavos. Con esas pastillas, empeoré.

Mi desesperación aumentaba y decidí acudir al sector privado en búsqueda de una mejor atención y claridad sobre mi salud, a pesar de no contar con las condiciones económicas para hacerlo. Después de mucho ahorrar, me fui a hacer ver con un doctor particular por La Victoria. Me recibieron con la misma mofa, se burlaron de mi temor por mi salud y me enviaron a casa con más pastillas y una inyección. Todos estos profesionales de salud insistían que yo tenía un simple resfriado, mientras yo ya no soportaba el dolor y mi voz, en continuo agotamiento.

²² Emily Salamea acompañó el proceso de escritura y dibujo.



Ilustración: Luz María Guallán, 2020.

Y así me pasé tres años, yéndome de un lado para el otro sin un diagnóstico acertado. Finalmente, con ayuda de un familiar, me hice ver con otro médico particular en Cotocollao. Después de revisarme me dijo que sospechaba que tenía cáncer de tiroides, pero que para estar más seguro me mandaba a realizar una tomografía de la garganta, el mismo examen que venía pidiendo tres años seguidos.

Efectivamente, la tomografía indicaba que tenía un tumor maligno. El médico me dijo que necesitaba intervención quirúrgica y que acuda al centro de salud más cercano, es decir, regresar al centro de salud público del Panecillo donde me habían despreciado. Aquí, sorprendidos, vieron mi tomografía y me dijeron que en efecto necesitaba una cirugía de emergencia. Entre las demoras para que me remitieran al hospital público Eugenio Espejo, los exámenes repetidos y frecuentes en esta institución y las idas frecuentes al hospital para revisiones y chequeos, esta “urgencia” equivalió a una espera de un año y más.



Ilustración: Luz María Guallán, 2020.

Me llamaron un día antes para avisarme de mi cita para la cirugía, sin tiempo para prepararme, sin poder organizar con quién dejar a mi wawa pequeño, sin aviso previo para definir quién me podía acompañar.

“Ya no vas a morir tan joven, ya vas a cuidar hasta a tus nietos”, me recibió el médico tratante, a los siete meses de la operación. “Ahora vamos a hacer yodoterapia y curarte bien, pero tendrás que irte a Solca²³ para recibirlo”. Otra clínica más. En Solca, institución privada especializada en cáncer y ubicada lejos de mi hogar, me realizaron aún más exámenes y otra tomografía como protocolo para poder recibir el tratamiento. Para mi sorpresa y desaliento, la imagen mostraba que todavía tenía nódulos en el lado izquierdo de la tiroides.

De regreso al Eugenio Espejo. Me dieron las citas para realizarme exámenes y revisiones adicionales, pero antes de poder hacerlas cerraron todo por la pandemia y el caos multiplicó. Si antes el sistema de salud ya era bastante complicado de acceder, la llegada del virus lo agravó mucho más. La falta de transporte público, los ingresos muy reducidos, mudanzas, deudas, la vigilancia constante en las calles, el miedo y el perjuicio que se sentía nítido en el aire, imposibilitaron el ingreso. Ni una enfermedad tan grave como la mía importaba.

Luego de varias citas canceladas, finalmente conseguí turno. Seguí todos los protocolos para ser atendida.



Ilustración: Luz María Guallán, 2020.

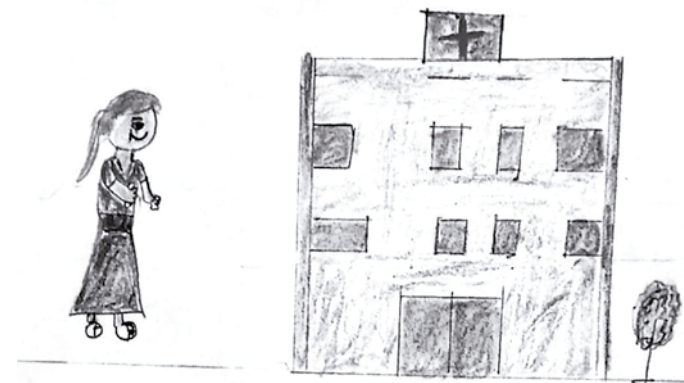


Ilustración: Luz María Guallán, 2020.

Mostré mis papeles al guardia, quien me dejó entrar sin problema, y la enfermera, mientras me decía que en cinco minutos me atendían, me mostró donde esperar. Apenas me senté, otra doctora que estaba sentada afuera, me empezó a gritar: “¿Para qué vienes?! ¿Cómo así entras?! ¿Tienes que estar echada en casa!”. Sorprendida por su actitud, ahogué mis lágrimas y le respondí, mientras le mostraba la evidencia de que yo no entraba en secreto, que yo tenía turno y que venía para una revisión con el doctor, pero ella me siguió humillando: “¿Quién te dijo que entres? ¿El doctor no está atendiendo! ¿Para qué entras? ¡Salga de aquí, retírese por favor!”.

Me obligaron a cambiar el turno, a pesar de tener todos los documentos necesarios, de seguir todas las reglas, de ver que el médico hacía entrar a otra paciente a su consulta, pese a que había caminado más de tres horas y pagado un taxi para llegar. Estaba sola y tan abandonada.

Después de otro mes más de espera y de angustia, aumentada por el miedo a contagiarme con el virus y por el trato que había recibido, me atendió el doctor, con malas noticias. Me informó que me habían operado mal, que como me habían operado por emergencia, no le habían esperado a él y no habían logrado sacar todo el tumor. “Esta vez yo voy a realizar la cirugía, está creciendo ese tumor pero ahora tienes que esperar que esta pandemia pase para que yo pueda operar bien. Te mando más pastillas para tomar en ayunas, te las tienes que tomar de por vida. Cuando yo te opere, aumentaremos más la dosis. Hasta que te mueras tendrás que tomarlas”. Me dijo muchas cosas, menos explicarme por qué me estaba recetando estos medicamentos. Además, me mandó a realizarme terapia de voz, lo cual tenía que buscar por mi cuenta ya que no hay este servicio en el hospital público.

Hasta la fecha no hemos logrado encontrar un terapeuta y, aunque lo encontremos, no podré pagar el costo de una atención privada y continua.

La injusticia y discriminación de este sistema se extiende a otras mujeres de mi familia. Mi hermana Rosa, de treinta y dos años de edad, tiene mi misma enfermedad y ya lleva tres años esperando a que le realicen su cirugía. Pero no le llaman, a pesar de tener tres tumores sobresalientes en toda la garganta. Desde que empezó la pandemia lo único que le dicen los doctores es que debe tener paciencia y esperar más tiempo.

A mi madre Rosario, de sesenta y siete años de edad, le negaron la atención en el Eugenio Espejo por ser mayor de edad y por ser del campo. Ella vive en un área rural a seis horas caminando del centro de salud campesino más cercano. Para llegar a este centro cuando necesita atención médica, se despierta a las cuatro de la mañana para caminar, ser atendida y regresar. A veces camina doce a catorce horas solo para que no le reciban en el centro o le cambien la cita. Por eso, justo antes de la pandemia se vino a Quito para hacerse ver, ya que se encontraba muy enferma de los pulmones. Sin embargo, al llevarla al hospital público no le quisieron ingresar con la excusa de que ella tenía seguro campesino y que tenía que hacerse ver en un centro con ese seguro.

No siendo suficiente la enfermedad que acalla nuestras voces, estamos siendo silenciadas por un sistema opresor y violento, por su incapacidad de brindarnos una atención eficiente y digna. La discriminación, el abandono, la negligencia, estos son los tres tumores que verdaderamente no nos permiten sanar.

¿Ausencia o presencia cruel del Estado?

Maternidad migrante en tiempos de pandemia

Bárbara Durán, Luz Becerra y Lucía Pérez²⁴

Escribir juntas

Nos conocimos hace pocos meses con el propósito de armar este artículo a tres manos. Lucía era parte de Mujeres de Frente hace varios años, pero dejó de participar activamente porque viajó a otra ciudad por su trabajo. Bárbara y Luz llegaron a la organización hace pocos meses en el contexto de la pandemia. Ambas se conocían entre sí y habían compartido otros espacios virtuales como la escuela de Promotoras de la Salud Comunitaria que realizó la organización para paliar los embates, siempre selectivos y desiguales, de la pandemia.

Se nos propuso trabajar sobre el acceso y atención al sistema de salud público, al que tanto Bárbara como Luz debieron acudir por sus partos en medio de la pandemia, considerando que ambas son migrantes venezolanas. Lucía sería una especie de intermediaria de los relatos y reflexiones colectivas hacia el papel pues solo ella tiene computadora. Luz escribió una suerte de memoria a puño y letra, que compartió con Lucía para que la sumara a la notas de las conversaciones y reflexiones colectivas y al texto final.

Nos reunimos a través de varias videollamadas. En nuestros encuentros, Luz y Bárbara casi siempre tenían a los bebés en brazos, a veces lactando. No dejaban la labor; desarrollaban las ideas más lúcidas a la vez que amamantaban y mecían a los niños y en ocasiones intercambiaban también con sus hijos más grandes que venían a requerirlas. Lucía, que tiene un hijo ya adolescente siempre estaba sola durante las videollamadas, hablaba menos y tomaba notas permanentemente.

Dada la lógica de nuestras conversaciones, decidimos armar el escrito en dos bloques. Uno inicial sobre la presencia y ausencia de las instituciones del Estado en nuestra vida cotidiana, y otro que reflexiona acerca del parto y la maternidad cuando una es migrante en relación a cuando está en el país de origen.

Del Estado en nuestras vidas

Bárbara inicia una de las llamadas con la noticia de que van a lanzar a la DINAPEN²⁵ para quitar a los niños que acompañan a sus padres y madres a

trabajar en la calle, cree que también revisarán a los migrantes indocumentados. Bárbara vende caramelos mentolados en el trolebús o en la calle en compañía de su bebé, no puede dejarla en casa. Desde que dio a luz trabaja medio día y gana entre seis y siete dólares que le alcanzan para la comida de un par de días. En general hay muchos controles de policías metropolitanos en el Centro Histórico y no les dejan trabajar. Su esposo tuvo un empleo con una jornada de doce horas diarias y una remuneración de siete dólares por vez. En alguna ocasión llegaron a no tener nada para dar de comer a la niña.

Luz trabajaba en un restaurante de papi-pollo. Le iba bien a pesar de que las jornadas eran muy largas y extenuantes, pero fue despedida cuando se supo de su embarazo. No podía cargar más los pesados baldes con papas, lo que molestó a su jefe, quien solía decirle: “Usted salió de su país es a trabajar, ¿no es cierto? Si no le gusta el trabajo hay más venezolanos que están buscando uno”. Hasta el momento que nació su bebé, acompañó a su esposo a vender frutas y bebidas en la calle, aún en medio de la pandemia. “Con la cuarentena siempre protegidos, pero siempre obligados a salir. El alquiler, los servicios y el hambre no esperan”, decía Luz en una de nuestras charlas.

Tanto Bárbara como Luz son migrantes regulares y tienen profesión, sin embargo, a diferencia de Lucía que es ecuatoriana, no han podido ejercerla ni conseguir un empleo formal que se ajuste a las normativas en lo referente a jornadas y salarios. A ello se suma la serie de humillaciones y la opresión que han recibido de parte de patronos, de los ciudadanos, pero también, y sobre todo, de parte del Estado a través de la Policía Metropolitana e incluso la DINAPEN.

El Estado ecuatoriano está presente en nuestras vidas a través de sus aparatos represivos, es decir en su faceta persecutoria y punitiva. Durante los últimos meses ello se ha hecho más fuerte: “Hay que ver a cada lado en la calle para poder trabajar”. Otras instituciones encargadas del bienestar no están presentes. Durante la pandemia, por ejemplo, Luz y Bárbara pudieron sostenerse únicamente a través del trabajo propio y de los apoyos de la organización.

Las instituciones de control estatal de los empleadores tampoco aparecen en los relatos. El Ministerio de Trabajo no se nombra cuando hablamos de explotación laboral. Tampoco hubo referencias al sistema de justicia.

Los ciudadanos también han sido muy hostiles con las mujeres migrantes. Por ejemplo, Bárbara y Luz cuentan cómo permanentemente son tratadas de “putas” por ser venezolanas. “¡Como si ser puta fuese fácil!”, dice una de ellas. La xenofobia se ha incrementado en los últimos años por las políticas securitarias y criminalizadoras que el Ecuador ha ido adoptando. Esto empeoró con la llegada de la pandemia, que hizo que las personas asocien a los migrantes directamente con el contagio, o los vean únicamente como competidores en el cada vez más pequeño mercado de trabajo. Una vez una mujer entró en el local donde Luz trabajaba y le dijo: “Maldita, ¿cómo es posible que tú tengas trabajo y yo no? Ándate



Fotografía: Luz Becerra, 2020.

a tu país”, mientras pretendía atacarla. Así mismo, las dos se sintieron profundamente inseguras en medio de las revueltas sociales de octubre de 2019, en donde una de las consignas de reivindicación social fue: “¡Fuera venezolanos!”. El Estado no ha frenado estas formas de violencia, por el contrario, ha alentado la discriminación a los inmigrantes, incluso a través de declaraciones públicas de los gobernantes.

Las mujeres somos juzgadas y moralizadas constantemente, más si somos migrantes: “¡Venezolanas flojas!”. “¡Putas!”. “¡Malas madres!”. “Si salimos a trabajar a la calle con los niños somos malas madres, si los dejamos en la casa solos, somos malas madres, si no salimos a trabajar y no les damos de comer porque no tenemos, también. Por todo somos malas madres”. Esa es exactamente la percepción que tiene de nosotras el sistema de salud como comentamos en el apartado a continuación.

Del ser madres migrantes

El Estado nos hace sentir permanentemente su presencia a través de los agentes de la Policía Nacional y Metropolitana, pero cuando nosotras nos acercamos a él para solicitar educación o salud su presencia no es tan evidente. Poder dar a luz en un hospital público, más aún en medio de la pandemia, fue muy complicado para Bárbara y Luz.

Luz tuvo que ir a tres hospitales diferentes para poder ser atendida, el personal médico no le creía que iba a parir o solamente no tenían espacio y voluntad para hacerlo. Una enfermera le dijo ante su insistencia: “Otra vez usted, si ya le dije que no hay dónde meterle, ¡solamente en el piso!”. Gracias a una médico amiga, que refirió a Luz, pudo ser atendida en la maternidad Isidro Ayora, porque en este país los derechos operan a través del dinero o referencias personales.

La hija mayor de Bárbara se golpeó la boca en el trolebús, sangraba mucho, su madre la llevó al centro de salud donde tuvo que hacer una gran cola, esperó una hora y media en el sol. Cuando finalmente llegó, le dijeron que no la podían atender y la enviaron a otro centro de salud. Como Bárbara no contaba con alguien que la refiriera, decidió curar ella misma a la niña en casa.

El sistema de salud tiene como estrategia la errancia, enviar a los enfermos de un lugar al otro y desestimar su situación de urgencia. Además, muchas veces opera como representante de la crueldad y la xenofobia de Estado. Descalifica las necesidades de los y las

²⁴ Bárbara nació en el Estado La Huaira - Venezuela; desde hace un año vive en Ecuador junto a su esposo y sus dos hijas de dos meses y tres años de edad; trabaja como vendedora ambulante en el trolebús; es profesional en el área de los químicos. Luz nació en el Estado Barinas - Venezuela, pero vivía en Caracas; vive en Ecuador cerca de tres años junto a su esposo, su bebé de tres meses, su hijo de siete años y dos hijastros de nueve y once años; es peluquera. Lucía es de Riobamba - Ecuador, pero vive en Quito desde muy pequeña; convive con su pareja y su hijastro de diecisiete años; es feminista e investiga sobre migraciones.

²⁵ Dirección Nacional de Policía Especializada para Niños, Niñas y Adolescentes de Ecuador.

enfermas, nuestros dolores, así como el saber que las mujeres tenemos de nuestro cuerpo e incluso la capacidad de cuidar a nuestros hijos e hijas. El sistema de salud nos despoja de nosotras mismas y de nuestros hijos, para volvernos un objeto más de la maquinaria burocrática.

Bárbara vio cómo un enfermero le preguntaba a gritos a una muchacha en labor si le gustó que se la metan, añadiendo ¡que aguante! “Como que uno se mereciera sufrir por ser mujer”, reflexionaba Bárbara. Por ser mujer y migrante, respondimos Luz y Lucía.

Ambas contaron que una vez más fueron acusadas de “malas madres”, con la autoridad que brinda el mandil blanco, por las complicaciones naturales en el proceso de adaptarse a la lactancia: “Todas las venezolanas son así, malas madres, solo vienen a joder”. “Se te va a enfermar porque no la cuidas, se te va a morir”. “No sé por qué ustedes son así, les da flojera darles pecho a los guaguas. Usted y ese niño no se van de aquí hasta que lo amamante, ¿o lo vas a dejar morir de hambre?”.

Lo más difícil de ser madres cuando una es migrante es la soledad con la que se lleva el parto y la crianza. El diario de Luz lo describe así:

A otras mujeres de esa sala de riesgo [en el Hospital] si les ayudaban, les llevaban en silla de ruedas, les ayudaban a levantarse e ir al baño, pero a mi no. Fue ahí cuando extrañé a mi familia, a mi mamá, a mis hermanas para que me ayudaran, me cuidaran y buscaran a mi bebé [que estaba en otra sala]. Lloré de nostalgia pero recordé que estaba sola y que tenía que arreglármelas como pudiera. Me sentí muy mal pero las ganas de ver al niño eran mucho más fuertes [...] Ya estaba loca por estar en casita, aunque en casa ya llegaba a mi realidad, a tener que atenderme yo sola porque mi esposo no podía dejar de salir a la calle a trabajar. Ahí empecé a extrañar más a mi familia, las sopas de gallina que mi mamá nos hace cuando estamos recién paridas, el chocolate caliente con galletas... ¡dios! Qué nostalgia otra vez.

Bárbara y Luz tuvieron sus primeros hijos en Venezuela en medio de una de las crisis económicas y políticas más intensas de su historia. Bárbara nos contó que en 2017, cuando nació su niña, la situación era muy difícil:

Era imposible comprar pañales desechables y fórmula. [La niña] tuvo que tomar en breve sopas

y leche, cuando se conseguía. Su tetero era arroz pasado y licuado. Sus pañales eran de tela de las camisas de su papá. La situación estaba muy fuerte. En vista de eso decidí venir al Ecuador. Me dijeron muchas cosas buenas del Ecuador, pero ha sido muy difícil porque no hay empleo.

A pesar de esas dificultades, también Bárbara extraña y valora la presencia de redes de afecto que le permitían llevar con más alegría y descanso la maternidad, aunque fuera en medio de la escasez:

Corrí con suerte, en Venezuela debes correr con suerte. La gran diferencia es que allá estaba mi familia, mi padre, mi madrastra y me acompañaron 24/7. Mi abuela se quedó conmigo en el hospital y había familiares que me apoyaban. Ella cuidaba a la bebé mientras yo me aseaba, me bañaba. Mi madrastra nos cocinaba, me ayudaban con la ropa. Mi mamá al teléfono. Estaban mis tías. Ahora debo hacer todo sola, con dolor o sin dolor debo levantarme, cocinar y lavar.

Las redes que nos ayudan a sostener las vidas de nuestros niños y las propias son de mujeres. Son nuestras abuelas, madres, hermanas y tías las que tejen esa tupida red donde la vida crece. La migración nos priva, al menos parcialmente, de ese sustento, y nos deja más expuestas a la maquinaria del Estado. Sin embargo, migrar también nos lleva a construir nuevas tramas con otras mujeres, también migrantes internacionales o del campo a la ciudad, con comerciantes de la calle, e incluso con aquellas cuyas vidas han sido menos golpeadas que las nuestras, mujeres de clases medias con quienes, más allá del Estado y sus instituciones perversas, construimos futuro y dignidad.



Población de riesgo. ¿Cómo vivimos la pandemia?

Gloria Armijos²⁶

Todos vivimos momentos críticos en esta cuarentena, muchos de ellos dolorosos, marcados por la falta de acceso a derechos básicos, como salud, trabajo y vivienda. Esta ausencia de lo más básico nos llevó a sentir impotencia. De alguna manera la pandemia nos mató, o por lo menos mató una pequeña parte de nosotros. Además, evidenció, como nunca antes, las muchas exclusiones que hay en la sociedad. Por ejemplo, la que día a día enfrentamos ancianos y ancianas.

Los adultos mayores luchamos cada día por un espacio justo para vivir, para no ser dejados de lado, por no sentirnos excluidos. Muchos nos cuidamos solos y también cuidamos a nuestras familias. Por ello, esta pandemia, este encierro, nos afectó en todos los aspectos de nuestra vida. Las medidas de aislamiento social ahondaron la soledad de los adultos mayores, dificultaron aún más el acceso a la salud, aumentaron nuestras carencias e hicieron más difícil cubrir nuestras necesidades básicas.

Fue un tiempo muy duro de sobrellevar, porque es difícil ser parte de la población de riesgo y escuchar todo el día en los medios de comunicación que no salgamos, que somos los más vulnerables. Esto generó ansiedad, depresión, tristeza, miedo y, sobre todo, impotencia, porque, aunque no pudiéramos salir, debíamos cuidar de nuestras familias, proveerles de alimentos, techo y cobijo. La pandemia nos alejó de familiares y amigos, pero también de nuestros espacios de encuentro y lugares de trabajo.

Y la cosa no acaba ahí. Debido a que la edad y los problemas de salud nos imposibilitaban el trabajo presencial, ahora se nos pedía que nos adaptemos a las nuevas modalidades de empleo llamadas teletrabajo: un mundo lleno de tecnología que para la mayoría de nosotros nos es lejana y ajena. Esto me hace pensar que como sociedad no buscamos soluciones para seguir trabajando de manera digna, únicamente nos orillan a elegir entre dos opciones igual de nocivas: trabajos precarios que nos ponían en riesgo, o ser despedidos.

Por otra parte, la pandemia por el COVID-19 puso en evidencia al sistema de salud precario que tiene el Ecuador. Mis años de trabajo en diferentes espacios, en donde he luchado en contra de diversas injusticias, me han llevado a conocer muy de cerca al sistema de salud ecuatoriano: un sistema excluyente, indolente, ciego y sordo, que en vez de sanar y atender a los pacientes, genera angustia, desesperación, impotencia, dolor, ira y tristeza.

Un sistema corrupto, al que, para acceder a sus servicios, hay que saber a quién dirigirse, en qué estado de ánimo dirigirse y qué lenguaje usar, dependiendo de la persona con quien hablemos. Atenderse es muy difícil si no se tiene un conocido que brinde ayuda, puesto que cada situación requiere de alguna influencia para la toma de decisiones o para agilizar la atención y los procesos médicos. Cuestiones como esta, demuestran que el sistema de salud que tenemos, en realidad nos pone en más riesgo.

Entre las complicaciones con las que debemos lidiar quienes acudimos al servicio público de salud, podemos mencionar el tener que madrugar para ir al médico, porque hay pocos hospitales especializados, y los pocos que existen están desordenados, por lo que se convierten en un auténtico laberinto que a la vez genera que todo sea lento y atrasado. Tomar varios buses que van llenos y aumentan el riesgo de contagio, no tener recursos ni seguro de vida para las medicinas, para mejores atenciones, para mejores formas de transportarnos, para insumos médicos o exámenes, son algunos de los indicadores de la ineficiencia del sistema médico ecuatoriano.

Sin embargo, a pesar de todo ello, yo he seguido trabajando con muchas mujeres, porque en estos años de luchar contra el sistema de salud, he aprendido a manejarlo. Y es aquí en donde me siento útil, ya que, debido al olvido del Estado, puedo ayudar a los demás y generar en ellos una confianza, aun en temas tan delicados como su salud. Que ellos sientan que por medio de mi gestión pueden tener una atención rápida y efectiva, es lo que me motiva a seguir trabajando.

²⁶ Heidy Mieles acompañó el proceso de escritura

Prioridad y desesperación en pandemia

Angélica Simba²⁷

Mi nombre es Angélica, tengo treinta y cuatro años, estoy casada, tengo dos hijos de once y catorce años. Trabajaba en el norte de la ciudad limpiando las oficinas de una constructora. Nunca me hicieron un contrato de trabajo, solo era así no más, solía aceptar lo que me pagaban mis jefes. Todos los días pensaba “¿Hasta cuándo iré a trabajar?”.

En marzo por la pandemia fuimos a cuarentena, para evitar contagiarnos. Se nos terminaban nuestros ahorros. Conocí una organización: Mujeres de Frente, que gracias a Dios con su ayuda pudimos obtener alimento para mi hogar. Días tras día era una pesadilla, sin poder salir, sin dinero para subsistir.

Tres tíos por parte de madre no tenían quién los vea. Uno de ellos, de ochenta y siete años, empezó con molestias en su cuerpo y garganta. Tomando medidas de protección ingresé a su domicilio para ayudarles y ver por ellos. Al ver a mi tío Alberto en su cama sin ánimos de levantarse saqué fuerza para decirles que les voy a ayudar con lo que más pueda. La organización nos dio un curso de Promoción de la Salud Comunitaria que nos explicaba todo acerca del virus. Todo lo que aprendí pude aplicarlo en mi familia. Empecé tomando la temperatura, mi tío tenía treinta y ocho grados.

Pedí ayuda al centro de salud más cercano y a pesar que les indiqué que era de la tercera edad y no podía caminar, me dijeron que lo lleve. Por mi insistencia me dieron una fecha en la que iba a ir el personal del centro de salud. No me atendieron de emergencia. Al no tener respuesta, busqué ayuda en la organización, y el médico que nos daba las clases me ayudaba vía telefónica.

La fiebre iba bajando, pero la molestia de su cuerpo permanecía hasta que empezó a faltarle el aire. Tuve que aislarle de mis otros tíos para evitar más contagios. Me aterrorizó cuando perdió el olfato y el gusto, porque esos eran los síntomas más específicos que nos explicaron en clase. El doctor de la organización me dijo que lo llevara al hospital de urgencia. Llamé al 911 para que me ayudaran con una ambulancia o algún personal. Recibí una respuesta negativa y egoísta, indicándome que no podían hacer nada, cerrándome

la comunicación, sin dejarme hablar ni expresarme, solo mencionaron que lo lleve al hospital.

Un día, mi tío me dijo con voz baja: “Mijita ya no puedo más”. Esas palabras me impulsaron a llevarle como sea al centro de salud, ya que eso le indicaron a mi sobrino que fue a averiguar antes. Llegué en el carro de un vecino, ingresamos, le tomaron los signos vitales, tenía treinta y nueve grados de temperatura y la respiración baja. Pensé que iba a recibir ayuda por parte de ellos y nuevamente me equivoqué. Recibí la posibilidad de escoger entre esperar ahí hasta que ellos encuentren un hospital donde le puedan recibir, lo que podría ser varias horas, o llevarlo por mis propios medios, esperando tener suerte para que le puedan atender enseguida. Escogí la segunda opción y le rogué a mi vecino que me ayudara llevándonos a un hospital. Con actitud de desprecio en su rostro me dijo que después de dejarnos va a tener que darle una buena limpieza al carro.

Llegamos a un hospital y en una silla de ruedas le llevaron al área de triaje. Lo ingresaron a emergencia con dificultad respiratoria. Me explicaron que si me demoraba algunos minutos más mi tío hubiese fallecido. Otra muestra de la incompetencia del Ministerio de Salud y del Estado, pues se supone que personas de la tercera edad tienen prioridad, pero nunca recibí ayuda del centro de salud ni del 911.

Al día siguiente mi tío falleció con diagnóstico de “neumonía con germen no identificado”. El médico que le atendió me indicó que no pudieron realizarle la prueba del COVID-19, así que no se pudo comprobar si falleció con el virus.

Dos días después, mi esposo, otro tío y yo comenzamos con malestar del cuerpo. Aprovechando la cita que estuvo agendada para atención a mi tío fallecido, tomaron muestras de saliva en nuestro domicilio para llevar al laboratorio. Me explicaron que era una prueba de COVID en esputo. Después de tres días nos dieron los resultados y los tres salimos positivo al virus. Nos indicaron que debíamos estar en aislamiento por veintiocho días. Fue como si me dijeran que voy a tener una gran batalla en la que no sé si la voy a ganar o perder. Se me venían muchas preguntas, qué pasará

con mi trabajo, con mis hijos, con mis tíos. Sentía que iba a morir. Mis hijos fueron el mayor motivo para pensar diferente y combatir tal enfermedad.

Al día siguiente mis hijos presentaron síntomas, también estaban contagiados. En el trabajo que tenía me dijeron que ya no vaya. Pude palpar de cerca la desesperación. Me iba derrumbando. No sé cómo hubiese terminado si no tenía ayuda de mi familia y apoyo de la organización.

Pasaron los veintiocho días y esperamos que del centro de salud vengan al chequeo para saber si ya no teníamos el virus, pero otro fracaso. Mi hermana fue y le dijeron que nos acerquemos personalmente para poder ser atendidos un día específico.

Llegó ese día y en el centro de salud solo nos tomaron los signos vitales, nos revisaron la garganta y nos dieron un certificado que decía que ya no teníamos el COVID. Pregunté: “¿Cómo se sabe si ya no tenemos?”, y me dijeron que están escasas las pruebas y que no están haciendo.

Es una serie de falsedades. En medios de comunicación dicen que lo primordial son los de la tercera edad,

que la salud es gratuita para todos y que el centro de salud está presto a la urgencia que amerite. No hemos recibido seguimiento, a pesar que nos dijeron que iban a hacerlo para precautelar la salud de todos, para saber si no hemos recaído.

Hoy sigo cuidando de mi familia y de mis tíos y estoy sin trabajo. El ingeniero de la constructora donde trabajaba me dijo que ya no vaya a trabajar después de saber que estuve en aislamiento por mi contagio. Mi esposo maneja una camioneta haciendo carreras, exponiéndose y exponiéndonos, pero nos toca seguir adelante.

Mi lucha es el día a día. Es desesperante. Tengo que buscar la manera de trabajar para tener un ingreso para mi hogar. Desde que me contagié mi vida cambió por completo, por mi mente pasan muchas interrogantes.

Verles a mis hijos sonreír y conmigo es una gran bendición, mi lucha por obtener algo para mi hogar sigue cada día, espero que con el tiempo cambien las circunstancias y pueda seguir siendo una sobreviviente más en este mundo de mucha corrupción.



Ilustración: Pepa Ilustradora, 2019.

²⁷ Xavier Maldonado acompañó el proceso de escritura.

Experiencia del Estado abandono y castigador en pandemia

Margarita Casnanzuela, Vicky Caillamara y Silvia Casnanzuela²⁸

Mi nombre es Margarita Casnanzuela. Soy comerciante en el transporte urbano. Pertenezco a Mujeres de Frente, ahí terminé la primaria.

El sábado antes de la cuarentena llovió y me mojé. El domingo amanecí con gripe. Así trabajé, pero el lunes ya no pude trabajar. Estaba mal y salí al centro de salud donde me dijeron que tenía gripe normal.

Pasé una semana bien y empeoré. Me dolía la cabeza, tenía fiebre, los huesos parecía que se desparramaban, temblaba, me faltaba la respiración. Llamé al 171 y la señorita me contestó que los hospitales están colapsados y que me ayudaba dándome un turno para después de ocho días. Le dije que ya no avanzo y contestó: “¡Para eso no se cuida, no se queda en casa!” Le dije que no salía porque tenía pavor a la enfermedad y colgué. Llamé al 911 y Vicky, que vive conmigo, le lloró, le suplicó y le ayudaron con una ambulancia, que nos llevó cerca del hospital.

Llegué a las doce de la noche al hospital y el guardia dijo que espere. Cuando ya llegó las tres de la mañana Vicky se acercó y le dijo que ya no avanzo, y el guardia contestó que no hay dónde, que me lleve a otro hospital que es para el COVID. Ella contestó que veníamos de lejos, que no teníamos, que nos ayude con la ambulancia y él dijo que no tenían. Yo me revolcaba en el suelo del dolor. Al ver que ella hacía bulla salió el doctor y dijo: “No hay cama”. Vicky se enojó mucho y le dijo que dejen de estar paseándose, que atiendan a las personas que están mal. “¡Yo también estoy mal -dijo ella- pero no importa, no me atienda, atiéndale a Margarita!” Y se puso a llorar que le ayude. El doctor dijo: “Cálmese, le voy atender, pero en una silla”. Me ingresó, me puso el oxígeno, me hicieron exámenes. Pasé dos días en esa silla.

Había una doctora bien mala, nos gritaba: “¡Para eso salen a la calle y nosotros somos los perjudicados! ¿Qué piensan, que no tenemos familia?!”. Yo le contesté: “Doctorita, yo no salí”. Y ella contestó: “Como que no supiera que no tienen qué comer, por eso salen a la calle”. Afuera a Vicky también le ha hablado la doctora: “¿Qué hace aquí? ¡Váyase a la casa!, ¡lo que usted hace es infectarse!”. Le ha dicho que nadie le va a dar información y que deje el teléfono para que me llame. Me entregó el celular y me dijo: “Llámele a su familiar y dígame que se vaya a la casa”. Yo le contesté: “¿A qué número le llamo si yo tengo el

teléfono?”. Se retiró enojada diciendo “Son tercicos, por eso se enferman”.

Después me dicen que iban a mandarme a la casa porque tengo neumonía y que podía darme COVID si seguía allí. A las cinco de la mañana de ese día salí a retirar las recetas del hospital y vi que estaba vacío. Los médicos se paseaban, las enfermeras eran en el celular, mientras afuera decían que no hay camas y les mandaban a otro hospital. Mentira.

Llegué a la casa, me preguntaron si tenía el COVID y les dije que parece que no, pero estaba preocupada. Una madrugada estaba dormida y me llegó a faltar el aire, me levanté de golpe, di seis pasos y perdí la fuerza. Estaba viendo nublado, me apegué a la pared y sacudí mis manos. En eso me vio Vicky, me abrió los brazos, me echó el inhalador y fui poco a poco respirando. Me salvó.

Quince días después me llamaron del Ministerio de Salud para saber si seguía en el hospital y qué tenía. Les comenté que estaba en casa con neumonía. Después de tres días me llamaron del hospital y me dijeron que era portadora del COVID y me pidieron los nombres de mis hijos. Después me llamaron del centro de salud y me preguntaron cómo me encuentro y contesté: “¿Para qué me llaman?, ¿para saber que he fallecido?, no, todavía estoy con vida gracias a Dios porque por ustedes me hubiera muerto, ¡a estas alturas me dicen que soy portadora del COVID!” Me dijo que no salga de casa y pregunté si Vicky puede bajar al centro de salud porque le dolía la cabeza y la nuca, y me contestó que no. Yo dije: “¿Entonces quieren que mi familia se muera?, así les cierran las puertas a los pobres, no nos dejan salir a comprar ni llega ayuda a la casa”. Entonces me dijo que si salía ellos se darían cuenta porque el teléfono está siempre rastreado. Pasó dos días y me volvieron a llamar del centro de salud, les pregunté que cuándo les iban a hacer las pruebas a mis familiares y me contestó que mañana, pero no llegaron. Días después me llamaron del Ministerio a preguntar cómo me encuentro. Yo ya tuve miedo, les pregunté por qué me llamaban y me contestaron que estábamos en cuarentena. Sentía que me iba a morir, pero no del COVID sino del miedo. Mi compañera de la organización estaba conmigo todo el tiempo y me supo informar que no podían llevarme a encerrarme en otro lugar.

Margarita

Me llamo Vicky Caillamara, soy comerciante. Un día salí a vender, el alcalde dijo: “Toque de queda”, y me quedé con el producto. Lo poco que teníamos hice un poco de compras y nos encerramos. Después ya no teníamos nada hasta cuando Margarita y Mujeres de Frente me ayudaron para pertenecer, lo que el gobierno ni siquiera con un kit ayudó.

Cuando Margarita estuvo muy enferma llamé al 171, pero no había ayuda. Yo también tenía muchos dolores, pero por ella sabía que tenía que ser fuerte. Llamé al 911 y me dijeron que ya van en camino, pero se han ido por otra calle y me dicen que me baje a la principal para verme. Yo no avanzaba con la cabeza y mi cuerpo, pero corrí, sudando y sin avanzar de mi casa a la principal. En la última cuesta ya no avanzaba, pero tenía que llegar. Llegó la ambulancia a las nueve de la noche. Llamaban a los hospitales y les decían que estaban llenos y así hasta a las once de la noche. El señor de la ambulancia me dijo: “Vamos para dejarle cerca del hospital, pero digan que han llegado con los propios medios”.

Llegamos a las doce de la noche. Ella ya no avanzaba, y yo tampoco. Eran las tres de la mañana y no querían atender. El guardia le avisó al doctor que dijo que no hay camas, pero no me moví de ahí hasta que salió el doctor. Muy enojada le dije al doctor que son una pendejada, que uno por ser pobre no nos atienden, que por no tener plata no podemos ir a un privado. Me dijo que le lleve a otro hospital, y yo: que somos de bajos recursos, que por favor me ayudaran ahí mismo. Me enojé más y les mandé al carajo. Volvió a salir el doctor y me dijo que en una silla para atenderla, y le dije que la cuestión era que le atiendan porque ya no avanzaba a respirar. Me preguntó: “¿Las dos están enfermas?”. Yo le dije que sí, y me dijo: “Solo una puede entrar”. Yo no avanzaba, pero me quedé afuera, llorando y rezando por la vida de Margarita, con mi cuerpo y mi cabeza que ya me explotaba, solo Dios me ayudó y mi fuerza de voluntad.

A las once de la mañana salió la doctora y le pregunté cómo estaba Margarita. Muy grosera me dijo que yo debía haberme ido ayer mismo, que me podía contagiar. Le pregunté que cuándo saldrá, y brava me dijo que le deje un teléfono para que yo le llame.

Salí del hospital caminando y con mi dolor de todo, sin tomar agua, llorando y pidiéndole a Dios que no le

pase nada a Margarita. Cuando llegué a mi casa muy adolorida y cansada, mi hijo me echó alcohol y fui a bañarme. Si en ese rato no me ponía fuerte qué sería de mi persona.

Llamó Margarita y me dijo que le dieron el alta. Le dije que coja un taxi que ya voy a ver quién me presta. Yo cuidaba la vajilla de ella aparte, la desinfectaba con jabón y cloro y los platos de nosotros también. Desinfectaba las puertas. Pero no me aislé para darle la medicación. Una madrugada me despierto y veo a Margarita sin respiración. Me levanté, le abrí las manos y le pasé el inhalador. Estaba morada, pero después estaba mejor. Si me aislaba, le dejaba sola ella.

Después supimos que tenía COVID. Del centro de salud le llamaban a preguntar cómo estaba y le decían que tome la medicación hasta que se acabe, después teníamos que comprar más pero no sabíamos si salir o no, porque nos dijeron que estábamos en cuarentena. No atinábamos qué mismo hacer, unos decían una cosa y otros otra cosa. Comenzó a dolerme la cabeza, la nuca y ya me bajé a comprar unas pastillas. Así pasamos.

Vicky

Al principio vivíamos ocho personas en mi hogar. Solo trabajaba mi esposo, porque yo me quedé sin trabajo como comerciante a causa de la pandemia, cosa que no nos alcanzaba.

Margarita, mi mami, sufrió el COVID. Fue un abandono total del Estado. Y el 7 de mayo mi esposo enfermó. Comenzó con dolor de espalda, luego de todo el cuerpo y la cabeza y en la noche le dio fiebre y escalofríos. Lo llevé al dispensario de la Seguridad Social. El doctor le dijo que tenía enfermedad común, le dio tres días de reposo y pastillas. Cuando cumplió los tres días de reposo fue a su trabajo, pero la doctora de la fábrica lo hizo regresar dándole quince días más porque se sentía débil.

El 21 de mayo lo llevé al hospital del Seguro, dejándoles a mi pequeña de diez años y mi hijo de cuatro años solos, ya que mis familiares que estaban en mi casa ya no se encontraban conmigo. Fue un día muy duro porque salí en la mañana pensando en regresar pronto, pero ya no se pudo por el toque de queda. Mi

²⁸ Andrea Aguirre acompañó el proceso de escritura.

esposo ingresó a las diez de la mañana. A la una de la tarde yo no sabía nada. Desesperada, no sabía qué hacer, no sabía nada de él y mis hijos pequeños solos. Decidí regresar a la casa y explicarle a mi hija que cuide al hermano, que no se sabía nada del papá, que aseguren las puertas, que no salgan y que se duerman, porque no sabía si regresaba. Me fui con dolor en mi pecho. Llamé a mi esposo y me comentó que adentro estaba lleno, que médicos y enfermeras no les decían nada, que estaban dándose vueltas o en los celulares, que solo decían que tienen que esperar. Eran las nueve de la noche cuando salieron los médicos a darnos información, pero mi esposo no constaba en la lista. Salieron a las diez a dar información, y me dijeron que estaba con neumonía, posiblemente COVID y que le iban a hacer más exámenes. Ya no había ni taxis para regresar y me tocó amanecer en la vereda.

A la mañana subí a la casa, les dejé el desayuno a mis hijos y regresé al hospital. A las doce salieron a dar información y me dijeron lo mismo: aún no le hacían los exámenes. Me comunicaba con mi esposo que contó que adentro seguían sin atender a nadie. Afuera habíamos bastantes familiares.

Un día supe que le iban a dar cama y regresé a la casa. Cuando acabo de llegar me llama mi esposo y me dice que le van a dar de alta. "¿Por qué?, ¿qué pasó?", me hice la pregunta, "¿y ahora?, ¿cómo me regreso si es toque de queda?". Cuando llegué era un caos. Habíamos muchos familiares esperando que nos expliquen. Había sido que un viento fuerte levantó la carpas donde estaban las historias clínicas de los pacientes y se las llevó. Eran las carpas que estaban cruzando la calle, donde también había pacientes. Por ese motivo estaban enviando a los pacientes que estaban de menos de gravedad a las casas. Salían pacientes que no podían caminar. ¿Cómo se les ocurría enviarles si

todavía estaban mal? A mi esposo nunca le hicieron los exámenes. Mi angustia: tenía en la casa a mis hijos y no sabíamos si está o no positivo.

Como cumplió los quince días de reposo regresó al trabajo donde le hacen la prueba y sale positivo. Regresó a la casa con quince días más de reposo, pero le piden que regrese al hospital para que le hagan la prueba. Fuimos nuevamente al hospital, pero solo le dieron un certificado de que le daban siete días más de reposo.

Mi esposo fue el primero que enfermó y a los tres días enfermamos los demás. Mis hijos no estuvieron graves, pero los demás sí. Llamé al 171 y me dijeron que eso no era emergencia. Estábamos enfermos, angustiados, se nos venían muchas preguntas. Lo que hicimos entre todos es cuidarnos con remedios caseros. Nos hacíamos vaporización de eucalipto, limonadas con miel, jugo de naranja. Tratábamos de protegernos entre nosotros con algunas recomendaciones que escuchábamos. Yo tenía que ser fuerte para cuidarles a mis hijos porque me necesitan y Dios no va permitir que nada malo nos pase. A mi nena le tocó cuidarle a su hermano y atendernos a nosotros.

Mi pregunta es: ¿dónde está el dinero que les descuentan a los empleados en el Seguro? No importa si eres afiliado o no, te dan el mismo maltrato en todos los hospitales. El Estado no estaba preparado para protegernos de esta pandemia.

Silvia



Ilustración: paO viteri.dávila, 2020.

Lucho por la vida que quiero

Analía Silva²⁹



Amigas que se dan la mano en el Centro de Rehabilitación Social Femenino de Guayaquil. Fotografía: Norma Galán y Abigail García, 2018.

La máquina nueva y yo no nos conocemos. Yo no la conozco suficiente. Me capacitaron dos días y me dijeron: “Qué inteligente, ¿ve?, ya puede usar la máquina usted solita”. Claro: “Como es inteligente entonces vaya a morirse a la casa que aquí nos molesta”, así piensan ahí: “Ya aprenda para que se vaya, como ya no tiene accesos en las venas mejor se va a su casa y se hace la diálisis con esta máquina”. Así no se tienen que hacer cargo de mí, pero sí de las ganancias que yo genero por ser tratada en su clínica.

Me ponen entre la espada y la pared. O aceptas el cambio de diálisis, o te mueres. Obligadamente tengo que escoger algo que yo no pedí. Yo no deseo eso. Tampoco deseé que me pincharan, que me huequearan el cuerpo. En un año y tres meses me han hecho tres huecos. ¿Otro hueco más? Mi panza está llena de líquido. Me duelen los músculos y las piernas. No tengo tranquilidad, desde lo más profundo de mi cuerpo me salen suspiros porque estoy sufriendo.

Toda la vida he luchado por una vida digna que yo no sé cómo se ve, no sé cómo es vivir completa. Ellos dicen que los huecos se cierran, quizás sí. Pero eso no es. Es el dolor, la molestia que causa, los moretones, el miedo. A todas nos han dicho que ellos están para curarnos, pero seguimos enfermas, maltratadas, seguimos ganándole a la muerte todos los días. En una semana murió doña Matuti y también murió la Susy, dos compañeras que iban a la clínica conmigo. Somos frágiles ante ellos porque somos pobres y

si morimos, serán muertes impunes. Ellos son los médicos, nosotras las pobres. Son como los abogados, ellos tienen el poder y nosotras solo seguimos siendo pobres.

¿Para qué pelear más? Ellos han estudiado más que yo. Creen que el pobre es tonto y se aprovechan. Se van llevando la comida, la salud, la vida en sacos y te van dejando en la ruina. No importa si eres negro, indio, futbolista, no les importa cuando hay plata de por medio.

¿Por qué me duele tanto? Porque soy pobre, o porque me ven sola, no sé, no sé si es porque no está presente mi familia, porque siempre está ausente. Ellos saben que yo no tengo familia, que soy yo y el niño. Todos se van, todos se han ido. Y de eso se aprovechan. No estoy abandonada y estoy abandonada. Tener familia no es estar acompañada, si no pueden ir seguido conmigo a la clínica y estar pendientes.

Mi familia son ustedes. Las amigas, con las que peleo para tener al menos un poco de esa dignidad de la que hablo y no conozco bien. Con las que sigo luchando. ¿Cómo voy a dejar de luchar si es mi cuerpo? A veces como que te rindes, como que le haces caso a lo que te dicen los doctores y dices: “Ya estoy cansada”. Pero luego también ves a la gente que quieres, a mi nieto el Martín, a ustedes compañeras, y te levantas. No por la vida que tienes sino por la que quieres.

²⁹ Vanessa Beltrán acompañó el proceso de escritura.

Por un nosotras posible en medio del castigo

Vanessa Beltrán y Typhaine Léon

La enfermedad y el castigo se juntan según lo ordena el paradigma punitivista. Son tiempos de emergencia sanitaria en la ciudad y bajo la consigna de proteger a la comunidad nacional de las amenazas de contagio, se ha redibujado el escenario de guerra. En las calles, los comerciantes autónomos son el blanco de la intervención policial. Expuestos en los medios masivos de comunicación como indisciplinados, acusados de ser delincuentes disfrazados de pobres, señalados como vectores del contagio, quedan sitiados por las fuerzas del orden que han resignificado el contexto de la pandemia en términos de inseguridad ciudadana.

En los medios masivos se lee: “Comprar junto a los semáforos está prohibido, no fomentes la venta en estos sitios”, “en una bolsa de limones puede esconderse el virus”, “detrás del comercio informal lamentablemente está la inseguridad”, “necesitamos [...] que se controle todo lo que sucede en el espacio público”, “vamos a recuperar el espacio público”. El contexto es una ganga para quienes buscan, desde hace décadas, destruir los tejidos populares de sobrevivencia de aquellas y aquellos que han sido expulsados del sistema legal de acumulación de capital. El nuevo lema de Seguridad Integral de los Agentes de Control de Quito equipara la pandemia con la guerra, el virus con las llamadas “clases peligrosas”, la salud con la (in)seguridad.

Por eso no hay contradicción cuando, a la par que se liberan algunos presos para justificar la lucha contra el hacinamiento en tiempos de COVID-19, se procesa y dicta prisión preventiva para los que no respetaron las medidas de prevención. El mandato estatal es contundente: en las cárceles, aquellos lugares que se imaginan como espacios lejanos, remotos y cerrados, deben depositarse los cuerpos percibidos como sobrantes, los que por su apariencia, su conducta, su memoria del despojo, suponen un riesgo para el sentido común de una sociedad ciega a lo que produce. Ahí, donde las tasas de hacinamiento y las condiciones de vida deplorables son normalizadas como castigo contra las y los que, luchando para vivir, eligieron opciones no legales de sobrevivencia. Es más fácil dejar morir cuando los cuerpos han sido despojados de humanidad. No hay reclamo que valga cuando proviene de una o un prisionero. No es casualidad que frente a la explosión de los contagios en la prisión de Ambato, la respuesta del director del SNAI³⁰ haya sido que el motín debió ser la causa del contagio masivo.

Invisibles a los ojos de los medios de comunicación que apenas relatan el violento abandono de las cárceles masculinas, nosotras seguimos adentro, sin que existan nuestros reclamos, nuestras vidas y las de nuestras criaturas. Para las malas madres que vendimos y las atrevidas que robamos para sostener a nuestras familias, para las inmorales que abortamos, no hay artículo de prensa escrito ni indulto promulgado. Es conveniente que no nos vean porque somos las que por nuestras historias de vida demostramos la falsedad del discurso punitivo y lo mortífero que es el discurso securitario. En el cuerpo cargamos las marcas del despojo, del estigma y el castigo penal. Entre el adentro y el afuera de la cárcel, entre el adentro y el afuera de nuestras casas, en los barrios, las plazas, las calles, los hospitales, buscando un turno, en las celdas, estamos las mujeres.

“Las mujeres humildes sosteniendo al mundo”, dice nuestra compañera Gloria D. Desde estos territorios múltiples, insistimos en no dejar ni dejarnos morir, en reconocer la guerra que se libra contra nosotras y contra nuestras comunidades urbanas. Nosotras sostenemos los vínculos que permanentemente destruyen.

C R É D I T O S

Coordinación general

Typhaine Léon y Andrea Aguirre, asamblea de gestión de la organización Mujeres de Frente.

Coordinación de talleres

Vanessa Beltrán y Typhaine Léon.

Acompañamiento a los procesos de escritura y producción de imágenes de las autoras

En orden de aparición en la revista: Typhaine Léon, Vanessa Beltrán, Cristina Vega, Andrea Aguirre, Emily Salamea, Mayra Vera, Nadia Ribadeneira, Heidy Miele, Lucía Pérez y Xavier Maldonado.

Edición

Andrea Aguirre, Nancy Carrión y Lisset Coba.

Coordinación de arte y diseño

Andrea Z. Rojas y Typhaine Léon.

Fotografía e ilustración

En orden de aparición en la revista: paO viteri.dávila, Andrea Z. Rojas, Nary, Angie Vanessita, Nancy Delgado, Paula Quispe, Erika Rivera, Mariana Collaguazo, Johis Alarcón, Verónica Tibán, Yolanda Terán, Luz María Guallán, Luz Becerra, Pepa Ilustradora, Norma Galán y Abigail García.

Portada y contraportada

Andrea Z. Rojas, paO viteri.dávila, Luz María Guallán, Paula Quispe.

Diagramación

Eduardo Llumipanta y Mauricio Defas.

Impresión

Centro de artes gráficas El fuego y la palabra.

Mujeres de Frente

Correo electrónico: colectivo@mujeresdefrente.org

Página web: <https://mujeresdefrente.org/>

Esta publicación es financiada con recursos de la FRL con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada de la publicación original.
El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de Mujeres de Frente y no refleja necesariamente la postura de la FRL.

ROSA LUXEMBURG STIFTUNG
OFICINA REGIÓN ANDINA

CREATIVE COMMONS



³⁰ Servicio Nacional de Atención Integral a Personas Adultas Privadas de la Libertad y Adolescentes Infractores.

